8/20
fez 1847

BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

VI.

8/20 647-1381
1847

A LA SOMBRA DE UN TILO.

NOVELA ORIGINAL DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADMINISTRACION:
CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO SEGUNDO.
MADRID.

Es propiedad de la autora.—Queda hecho el depósito que previene la ley.

MADRID.—1862.
IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA 14.

DEDICATORIA.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARÍA CARLOTA STRAUCH DE DE-VOS.

Si la virtud, la belleza y la bondad pueden inspirar la pluma, ninguna obra, como esta que te ofrezco, habrá producido la mia.

Pensando en tí, la he escrito: si encierra algo bueno, á tu dulce recuerdo lo debo: hay seres que dejan, en pos de sí, algo de suave, de gracioso, de bello, que se separa de las rudas realidades de la existencia, y tú eres una de esas pocas criaturas privilegiadas; las miserias de la vida, aunque lleguen á ti, no te manchan: eres una alma santa encerrada en una figura de ángel, y tu blanca vestidura está limpia de toda sombra.

Recibe con tu angelical indulgencia esta pobre historia, y escusa, amiga mia, los defectos que en ella adviertas: el don es muy pequeño: pero es inmenso el cariño que te profesa tu apasionada

MARÍA.

PRÓLOGO.

I.

Era el domingo de Carnaval de 1837, y helaba en Paris de una manera que no conocemos bajo el cielo azul y alegre de nuestra España.

A las nueve de la noche, el pavimento de las calles parecia cristalizado; el firmamento estaba resplandeciente de estrellas, que brillaban con tanta mayor fuerza, cuanto era mas grande la helada que caia.

Sin embargo, las carrozas llenas de máscaras, las comparsas con sus músicas á la cabeza se cruzaban por las calles; todo era bullicio,

alegría, ruido y luz; las fondas de lujo y las que no lo eran, los grandes hoteles, los figones y hasta las tabernas, estaban tan llenos de gente, que la arrojaban hácia los balcones y ventanas, en los cuales se veia una multitud de cabezas, ya adornadas con plumas y flores, ya cubiertas con las capuchas de los dominós.

Vagaban además por las calles muchas parejas, ostentando los trajes mas estraños, y formando el contraste mas ridículo: aquí pasaba una gruesa y rolliza pastora, apoyada en el brazo de un mandarin chino; allá un Pierrot daba el suyo á una dama antigua; algo mas lejos caminaban juntos una beata y un turco; y un monstruoso pavo, que tenia cuatro piés, presentaba uno de los delanteros á una maja española, que habia creido no poder dispensarse, para representar á nuestra nacion con la propiedad debida, de llevar metido en la cintura un enorme cuchillo.

Oianse, ya lejos, ya cerca, mil canciones diversas; la marsellesa alternaba con trozos de ópera y con tonadas populares, ó con arietas de salon, escritas para sus discípulas por los maestros mas en boga; en fin, habia por todas parte,

en los paseos, en las calles, en las plazas, un alboroto infernal é insoportable.

Uno de los sitios en que se habia reunido mayor aglomeracion de gente y de máscaras, era la plaza de la Concordia: ocupaba uno de sus ángulos una brillante y casi colosal carroza de laton dorado, guarnecida de flores y gasas, y llena de personajes enmascarados.

Eran cuatro mujeres y cuatro hombres; ellas vestidas pomposa y coquetamente, con toneletes cortos de grana bordados de lentejuelas, corpiños descaradamente escotados y suspendidos de los hombros con tirantes de galon de oro y cascos á lo Minerva, de carton, forrados de papel de plata.

Los hombres iban vestidos de arlequines, de tela de cuadros azul y blanca, de la mas ordinaria; bajo sus gorros puntiagudos, llevaban enormes pelucas rojas, ridículamente dispuestas en bucles.

Aquellos hombres no tenian caretas; solo una capa de blanquete y bermellon muy espesa cubria sus facciones, á la manera de las que usan los payasos de los circos ecuestres.

Pero ¡cosa estraña! sus manos eran finas y nerviosas, y sus maneras, aunque afectadas, no

tenian la libertad brutal de las gentes ordinarias; habia en ellos, sobre todo en los dos mas altos, algo de digno y distinguido que hubiera llamado mucho la atencion de cualquier observador inteligente.

Las que gritaban, las que cantaban canciones obscenas, eran ellas: cuatro mozas robustas y fornidas, pueden alborotar mucho, y aquellas se conocia que eran inteligentes en el papel que les habian encomendado.

De vez en cuando, las de los dos estremos sacaban de un rincon de la carroza un gran jarro de aguardiente, y lo aplicaban á los lábios, bebiendo con supremo placer durante algunos minutos, y pasándolo despues á sus compañeras.

Seguian á estas libaciones canciones que entonaban á grito herido, acompañándolas con unos grandes chinescos, sujetos á los dos costados del carruaje y que ellas sacudian con un entusiasmo indescriptible.

II.

La carroza, rodeada de gente durante mucho rato, pudo, por fin, moverse y caminar hácia el centro de la gran plaza.

Entonces se vió que estaba tirada por seis caballos blancos, cada uno de los cuales sustentaba sobre su ancho lomo otro índividuo vestido de máscara, aunque con muy pocos primores en su traje.

Reducíanse los seis á dominós de percalina color de rosa, con cintas azules y grandes capuchas, y á mascarillas de carton.

Doce máscaras mas, vestidas tambien con dominós, rodeaban el carruaje, montadas á caballo, y le alumbraban con hachas de viento.

Estas gritaban y tocaban grandes vocinas alternativamente: respondian á los dicharachos de la multitud, se reian y bebian de algunas botellas que llevaban colgadas al cuello por medio de largos cordones de seda.

Conocíase á primera vista que habia gran diferencia entre los cuatro arlequines que ocupaban, en compañía de las mujeres, el interior del carruaje, y las máscaras que vestian los dominós: aquellos dejaban escapar á veces—siempre cuando la gritería llegaba á su apogeo—señales de irritacion y disgusto: otras veces—y esta seran las mas—parecian buscar algo entre la multitud; algo que indudablemente no hallaban.

Uno de ellos, cuya figura era muy notable por su esbeltez y distincion, aparentaba ser el que se hallaba mas cansado, porque despues de dos ó tres violentos ademanes de disgusto, díjole á su compañero de la derecha:

—Vámonos.

—¿Qué dices? preguntó este dando muestras visibles de admiracion.

—Digo, repuso el otro, que quiero salir de aquí.

—Pero.....

—Vamos, dijo: me canso; ayúdame á sacar la carroza de este atolladero: estoy aturdido, fatigado..... esas malditas mujeres me dan un dolor de cabeza insoportable.

—Pero si no has visto todavía á ninguno de ellos!....

—Es verdad..... y casi seria mejor que no los viésemos..... ¡para cometer un crímen tanto esperar!

—¿Un crímen? esclamó el que persistia en quedarse, soltando una burlona carcajada: ¿te habrás vuelto de repente virtuoso? ¿ó es que han brotado algunas canas en tu frente? Si es lo primero, te arrojaremos de nuestra sociedad con escándalo..... con ignominia: si lo segundo..... te aconsejo que te las tiñas, y paciencia; no han venido por la edad, seguramente, porque aun eres muy jóven.

—¡Treinta y cuatro años! murmuró el arlequin á quien se motejaba de virtuoso, como hablando consigo mismo: ¡treinta y cuatro años, y hace muchos que el hastío, el desaliento y el ódio al género humano se han posesionado de mí!

Su compañero iba sin duda á contestar, pero se abstuvo de hacerlo, porque observó que alguna cosa, que él no podia ver aun, embargaba completamente la atencion del quejumbroso.

Sus ojos, abatidos poco antes, brillaron con

un resplandor inusitado: su boca se contrajo con una sonrisa amarga: alargó sus manos, delgadas y finas, con un movimiento de crispatura, como si fuese á asir con ánsia alguna cosa, y dijo á media voz:

—¡Allí está!

—¿Quién? preguntó el otro arlequin volviéndose: ¿quién está allí?

—¡El! ¡Su marido!

—¡Ah, ya! ¡El marido de Wilna!.... ¿y qué vas á hacer ahora?

—Irme tras él.

—¿Para darle el golpe de gracia?

—¡Para qué ha de ser, pues, imbécil?

—¡Cuidado! ya sabes que es valiente y osado, y que ahora debe estar enfurecido con tantos y tan duros golpes como la suerte va descargando sobre él.

—Aun le falta el último..... el mayor.....

—Es decir, el que tu vas á darle.

—Eso es... el que yo voy á darle... hasta luego; esperadme aquí media hora, que os será fácil, porque cada instante llega mas gente y vosotros no teneis objeto fijo; si tardase mas de ese tiempo, os podeis marchar.

—Manuel, dijo el arlequin que se quedaba, cuidado...

—¡Ah! ¿ahora eres tú el virtuoso, el mirado, el comedido? esclamó el que se iba, en cuya fisonomía y voz se habia verificado una mudanza estraordinaria.

—¡No, no! no soy virtuoso ni comedido... pero me asustan las consecuencias de lo que vas á hacer... esa mujer es inocente, pura, irreprensible..... y espones su vida..... Manuel, piénsalo bien!

El interpelado con el nombre de Manuel no respondió una palabra; saltó de la alta carroza, y fué con paso presuroso hácia un ángulo de la plaza, poco alumbrado por la luz de los reverberos, y que, á pesar de la oscuridad, parecia querer penetrar con su ardorosa mirada.

III.

La persona que tan violentamente habia escitado la atencion de Manuel, era un hombre de unos treinta y seis años que bajaba pausadamente por la acera.

Su estatura alta y robusta sin ser gruesa, estaba llena de magestad; no se veia de su traje mas que la tercera parte de su pantalon, de un medio color y tela de abrigo; y un calzado de esquisita forma, aunque algo usado. Lo demás estaba cubierto con una capa negra, á la española.

El embozo de la misma quedaba en el nacimiento de su cuello, alrededor del cual, y bajo el de una camisola de batista, blanca, pero ajada, se anudaba una corbata de seda negra.

Un sombrero de copa, de moda un poco atrasada, permitia ver una parte de sus cabellos negros, brillantes, copiosos y finos como la seda, y

daba alguna sombra á su semblante, que, aun á tan escasa luz, parecia ser muy hermoso.

Descubríase el córte noble y agraciado de su rostro, algo prolongado sin ser largo, y delgado sin demacracion; sus grandes ojos pardos, con pestañas negras, brillaban como dos estrellas; el dibujo redondo de sus mejillas recordaba las mas puras líneas de la estatuaria; tenia la barba partida, con un hoyo grande, y lleno de una gracia triste á un tiempo y varonil; despues se desplegaba una boca suave y firme á la par, sobre cuyo lábio superior se rizaba un bigote castaño, mas bien fino que poblado.

Su nariz, un poco larga, decia bien con su tez morena y algo pálida, y contribuia á dar á su semblante una notable espresion de firmeza.

Su actitud era triste y grave; bajaba con lento paso por la acera, y preocupado sin duda por sus reflexiones, ni aun reparó en la grotesca máscara que pasó rozando su hombro y se puso á seguirle.

Uno en pos de otro, salieron de la gran plaza de la Concordia; el desconocido se detuvo en una esquina, y el máscara al verlo, se detuvo, tambien.

A pocos pasos habia un café; y el incógnito,

despues de breves instantes de reflexion ó de duda, entró en él, siguiéndole el arlequin.

Habia mucha gente allí; las mesas se hallaban todas ocupadas, y además muchas personas, algunas de ellas en traje de máscara, se paseaban y cruzaban entre aquellas.

El esposo de Wilna tendió en su derredor una mirada en la que se reflejaban á un tiempo su arrepentimiento por haber entrado allí, su deseo de salir, y la indecision mas dolorosa; conocíase que habia penetrado en aquel sitio por huir de sí mismo, y que, ya en él, no podia soportar el ruido infernal y el escesivo calor de aquel paraje.

En su indecision habia algo de angustia amarga é impaciente; miró en torno suyo, para ver donde podia colocarse; pero en vano; todo se hallaba ocupado.

Ya iba á salir de allí, cuando sintió que le tocaban suavemente en un hombro.

Volvióse rápidamente, y su semblante tomó una formidable espresion de ira: en la situacion de ánimo en que se hallaba, sus nervios irritados parecian querer estallar.

Pero al hallarse frente á frente con la gro-

tesca figura del arlequin, y con su cara embadurnada, el furor de sus ojos se apagó, sustituyéndole una espresion de hastío.

—¿Qué me quieres? preguntó á media voz.

—Decirte que allá, en aquel rincon de la derecha, hay desocupada una pequeña mesa, repuso el arlequin con acento chillon.

—Gracias, respondió friamente el desconocido.

Y echó á andar en la direccion que acababan de indicarle.

El arlequin le siguió.

—¿Cómo gracias? gritó con grotesco enojo; ¿crees que así se paga el servicio que te he hecho? un gran servicio, porque estás aburrido, desesperado; no hallabas un sitio para estar aquí, y no querias marcharte; ¿crees pagarme con una sola palabra, el haberte proporcionado un asiento desocupado donde poder entregarte á tus cavilaciones?

El esposo de Wilna se estremeció.

—¿Qué es lo que quieres, pues? preguntó al arlequin tras de un momento de silencio, durante el cual trató de adquirir alguna serenidad para

su voz, y alguna calma para su semblante; ¿qué es lo que quieres? ¿dinero?

—¡Mira! respondió el máscara, y al mismo tiempo sacó del bolsillo de su ridículo pantalon una bolsa de seda azul, enteramente llena de monedas de oro.

Sostúvola un instante delante de los ojos del incógnito, y luego la volvió lentamente á su sitio.

—¿Qué es, pues, lo que deseas? preguntó aquel, quien á vista de tanto dinero habia vuelto á estremecerse.

—Si quieres disfrutar de aquel sitio que tratas de pagarme, apresúrate á llegar á él, dijo el máscara, porque si no le van á ocupar, y tendrás que salir á la calle de nuevo, y no sabrás á donde ir, porque deseas huir de tu casa y de tí mismo.

El desconocido le miró iracundo é iba á responderle; pero el máscara no le dió tiempo, porque le dijo no sin algun imperio:

—Anda, anda, que ya te sigo.

En efecto; ambos se dirigieron hácia un lado en el cual estaba, segun habia dicho el máscara, una pequeña mesa redonda desocupada.

Los dos hombres se sentaron á ella uno en frente del otro: pero el desconocido echó una

mirada de enojo sobre aquel convidado que se le imponia tan en contra de su voluntad.

—No quiero mas recompensa por haberte proporcionado tan buen asilo, que hablar un rato contigo, dijo el máscara, que parecia leer en su pensamiento: luego me iré.

—¿De qué hemos de hablar? Yo no te conozco, repuso con altivez el esposo de Wilna.

—Es cierto, dijo el arlequin: tú no me conoces; pero yo te conozco muy bien.

—¿Tú? ¿á mí?

—Sí.

—¿Quién soy?

—Voy á decírtelo: eres un pintor español y resides en París hace tres años: ¿es esto verdad?

—Sí.

—Te casaste en Barcelona con una jóven pobre poco antes de venir aquí: es decir, ocho dias antes: ¿es cierto?

—Sí.

—Tu esposa se llama Wilna: era hija de un platero arruinado por falsas especulaciones, oriundo de Alemania, y que murió muy pobre poco antes de tu matrimonio. ¿Me engaño?

—Es la verdad.

—Tú te llamas Luciano Vargas: tu mujer es muy hermosa: tiene ojos azules, grandes y rasgados: cabellos rubios, como la seda floja, tez blanca y rosada: es muy jóven, pues aun no ha cumplido veinte y un años.

El pintor permaneció callado: y solo una mirada ansiosa, que clavó en el rostro del máscara, dió á entender hasta qué punto le interesaba conocerle.

El arlequin llamó, y dijo al camarero que acudió:

—Un ponche caliente, y bien cargado de rom.

Luego que hubo desaparecido aquel, continuó:

—Has tenido tres hijos que han muerto: la última era niña, y ayer mismo la acostaron en un sepulcro pequeño de mármol blanco, en el cual gastaste el último dinero que te quedaba: en ocho dias, has perdido á tu madre que te adoraba, y á tu hija, á la que adorabas tú.

Sin duda el máscara decia la verdad, porque su compañero bajó la cabeza, y dos lágrimas anchas y abrasadoras rodaron por sus mejillas.

Siguieron algunos instantes de silencio, que

fueron interrumpidos por la llegada del ponche que humeaba, difundiendo un agradable aroma por donde pasaba.

—¡Bebamos! dijo el arlequin: y llenando una de las dos anchas copas de cristal que habian traido con el servicio, la puso delante de su compañero, y añadió:

—Bebe, Luciano, y olvidarás.

—¡Oh, sí! ¡necesito olvidar! murmuró el pintor con voz sorda: necesito olvidar á mi madre, á mi hija, á la miseria, que llama á las puertas de mi casa!

—Y..... ¿nada mas? preguntó el arlequin clavando una mirada profunda en el semblante del pintor.

—Nada mas, respondió este bajando la voz, y como haciendo un penoso esfuerzo.

—Algo mas tienes que olvidar, Luciano, repuso el máscara, en tanto que el pintor llevaba á sus lábios con mano convulsiva la humeante copa, y la bebia apresurado: sí, algo mas tienes que dar al olvido.

Luciano dejó sobre la mesa su copa vacía y apoyó la frente entre sus manos: pero el arlequin se la hizo levantar y continuó hablando así:

—Tienes algo mas que olvidar, Luciano: mucho mas: porque pasas en silencio lo que mas te martiriza, lo que mas preocupa tu pensamiento.

—¿Yo....? repuso con acento trémulo el esposo de Wilna, cuyas mejillas se habian animado con un débil carmin, efecto de la bebida que habia entrado en su estómago vacío.

—Tú, sí: lo que mas deseas, es olvidar que tu mujer no te ama, que no te ha amado jamás!

Escapóse un rugido del pecho de Luciano: levantóse rígido, terrible, y apretó los puños amenazando al máscara que se levantó tambien.

—¿Quién eres? gritó con voz enronquecida: ¿quién eres tú, que sabes todos los secretos de mi vida? ¡Oh! ¡quien quiera que seas, morirás!

—Soy un amigo, respondió el arlequin: soy un amigo tuyo, acaso el último que te queda, acaso el último que puede decirte:—¡valor!—acaso el único que puede enviar un rayo de luz al caos de dolor y oscuridad que te rodea por todas partes: óyeme aun, que pronto acabo.

El máscara llenó de nuevo el vaso de Luciano, que lo bebió de un golpe, y luego continuó:

—Wilna no te ama, ni te ha amado jamás: su corazon era ya de otro cuando casó contigo

y todos sus latidos pertenecen á aquel ser afortunado: á pesar de tu hermosura, á pesar de tu talento, á pesar de tu bondad, Wilna no te ama, no ha podido amarte jamás.

—¡Ah! ¿dónde está? ¿dónde está ese hombre? esclamó Luciano, hiriendo la mesa con su puño, y ébrio de furor: ¿quién es? ¿cómo se llama? nunca he podido verle.... nunca he sabido su nombre ni su condicion!

—¿Para qué necesitas saberlo? preguntó el arlequin con una risa sardónica: otra cosa hay que te importa mas averiguar.

Luciano no dió muestras de haber comprendido bien estas palabras: la bebida caliente, que estaba apurando desde hacia rato, se habia subido á su cerebro, exaltándole y poniéndole en un estado de estraño sonambulismo.

Tenia la mirada fija en el vacío, como si mirase á un punto invisible para todos los demás, y allí creia ver moverse sombras amadas para él, y que le habian rodeado en otro tiempo.

—¡Ah, mi madre! esclamó con voz sorda y temblorosa: ¡mi pobre madre! ¡qué buena era para mí! ¡con qué mansedumbre, con qué abne-

gacion compartia nuestra pobreza! ¡cómo nos amaba á mis hijos y á mí!

—¿Amaba tambien á Wilna? preguntó el máscara con acento sardónico.

—¡Ah, no! respondió el pintor: ¡no la amaba, y eso que Wilna era buena para ella! ¡la respetaba, la cuidaba.... y á pesar de eso, no la queria mi madre!

—Es que preveia que Wilna, la alemana, habia de deshonrar á su hijo, el honrado catalan! murmuró el máscara, sin dejar su risa sardónica y su acento burlon.

Estas palabras cayeron como plomo derretido sobre el corazon de Luciano: su embriaguez se disipó como un sueño; pasó la mano por la frente y se levantó con la mirada chispeante y preñada de amenazas.

—¡Miserable! gritó lanzándose al máscara con los puños crispados, y con tan terrible acento que todos los espectadores se volvieron hácia él y la persona que le acompañaba.

Luego, y con un movimiento mas rápido que el pensamiento, levantó su brazo, é iba á descargar un golpe sobre la mejilla del arlequin:

uno de esos golpes cuya señal solo con sangre se puede lavar.

Pero el máscara se volvió instantáneamente y detuvo aquel brazo con una fuerza hercúlea, que no hubiera podido esperarse de su aspecto débil y casi enfermizo.

IV.

Gran número de curiosos se habia ido reuniendo en torno del máscara y del pintor: cada uno de sus vecinos habia abandonado su sitio y su mesa, y habia acudido al lugar de la contienda.

Luciano, trémulo y descompuesto, permanecia aun sujeto por la fuerte mano del arlequin; sus ojos lanzaban rayos; chocaban sus dientes de furor, y hubiera querido confundir, con su ardiente mirada, á toda aquella gente que habia presenciado su derrota.

—Luciano, dijo el arlequin á media voz y con acento tranquilo: no he querido insultarte, si no demostrarte una herida que hay en tu honra, para que la cures, si es posible: el que acusa, debe probar; ven conmigo.

—¡Sí, sí: vamos! repuso Vargas con voz ahogada: necesito que me pruebes lo que has di-

cho, y luego matarte, para que se entierre contigo este secreto de vergüenza y deshonor.

—Vamos, repitió el máscara soltando el brazo de Luciano, pues estaba seguro de que no se le escaparia ya.

Los dos salieron del café: y los concurrentes les siguieron con la vista, diciéndose unos á otros:

—Van á matarse.

En efecto: se conocia, al ver á aquellos dos hombres, que eran dos enemigos mortales, y que era preciso que uno de ellos saliera del mundo dentro de breve tiempo.

Uno al lado del otro, cruzaron varias calles de las mas populosas de París, llegando, por último, á la de Hannover, que anduvieron tambien hasta su fin: el arlequin sabia demasiado bien donde estaba situada la habitacion de Luciano.

Detuviéronse en una de las últimas casas de la calle; era de apariencia decente, aunque no grande ni suntuosa: á la puerta y estendido en una silla, dormitaba un viejo portero, que levantó la cabeza al oir ruido cerca de él.

—¿Qué se ofrece? preguntó sin conocer á Luciano por su inquilino.

—Voy á mi casa, respondió Vargas ásperamente.

—Está bien, está bien, repuso el portero con ese tono de mal humor que las gentes de su calaña usan siempre con los inquilinos pobres.

Luciano y el máscara subieron la escalera.

—Despacio, despacio, dijo el arlequin asiendo el brazo de su compañero: es necesario que nadie se aperciba de nuestra llegada: toma.

—¿Qué es esto? preguntó Luciano, al sentir que el máscara colocaba en su mano un objeto frio.

—Una llave: toma otra cosa.

Y otro objeto frio y mucho mas voluminoso que el primero, volvió á colocarse en la mano del pintor: era una pistola.

Este la tomó maquinalmente: su cabeza vacilaba: sus ojos estaban estraviados: no sabia donde se hallaba, y de sus sienes brotaba un sudor frio.

Así subieron hasta el piso cuarto: allí habia una puerta pequeña, y el descansillo de la escalera, donde estaba situada, se hallaba débilmenmente alumbrado por el farol que ardia en el cuarto segundo.

El arlequin aplicó el oido á la cerradura: ningun rumor se oia: solo una luz lejana enviaba un ténue resplandor al recibimiento.

—¡Abre! dijo con voz baja é imperiosa á Luciano.

El infeliz, presa de un vértigo inesplicable, introdujo en la cerradura la llave que tenia en la mano, y la puerta se abrió sin el mas leve ruido.

Entonces ya no fué necesario que le impulsase á entrar su compañero; el dolor, los celos reanimaron su imaginacion, velada por el desaliento poco antes, y ofuscada además por la bebida espirituosa que contenia su estómago: lanzóse hácia adentro y el máscara le siguió.

Pero contra lo que el arlequin esperaba, Luciano, en vez de dejar la puerta abierta y lanzarse con ciego furor en el interior de la habitacion, cerró con cuidado, y enseguida sujetó con brazo fuerte á su compañero.

Despues, con la mano que habia cerrado, y que ya tenia libre, abrió una puerta situada á su derecha, y que daba paso á un cuarto bastante espacioso.

—¡Entra ahí! dijo al máscara en voz baja, pero

con acento terrible: ¡entra ahí, y espera á que venga á matarte!

Dichas estas palabras, cerró la puerta con llave; guardó esta en el bolsillo, y empezó á internarse con paso cauteloso en las demás habitaciones de la casa.

V.

Era tal el silencio con que Luciano se adelantaba, que nadie, ni aunque estuviera dotado del oido mas perspicaz, hubiera podido oirle.

Cruzó un largo pasillo, y al fin de él se halló á la puerta de una salita, en la cual ardia una lamparilla.

Estraño era el contraste que presentaba el silencio de aquella humilde habitacion, con el loco bullicio que reinaba en las calles: á pesar de la elevacion de aquel piso—que parecia escesivamente modesto,—á pesar de su elevacion, se oian en él las músicas y la algazara de las máscaras que discurrian por la calle.

Acá y allá se escuchaban canciones, gritos y carcajadas alegres, cuyos ecos sonoros subian á estrellarse en los cristales de las pobres ventanas de aquella habitacion.

Luciano se detuvo tembloroso á la puerta de la estancia, que abarcaba con una mirada llena

de angustia: solo la alcoba, que era grande y estaba cubierta con una cortina de lana, se escapaba á su vista.

A través de la cortina, brillaba otra luz, pero nada se oia..... nada, ni aun el mas leve rumor. Luciano sintió sus sienes próximas á estallar: dudaba..... temblaba, y ansiaba, por otra parte, saber la verdad por horrible que fuese.

Lanzóse, por fin, á la cortina, y la descorrió con mano fuerte; pero aquel esfuerzo agotó su fortaleza, y hubo de apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

Allí, con el cabello erizado sobre las sienes, con la frente bañada de frio sudor, tendió por el dormitorio una mirada de angustia, y en el mismo instante respiró, y sus facciones se dilataron, á la vez que de su pecho se exhalaba un largo suspiro de paz y de descanso.

Una mujer estaba tendida en el gran lecho matrimonial, esculpido, única alhaja que Luciano no habia querido vender en medio de su pobreza: aquella mujer era Wilna, y dormia inmóvil, sola, llena de paz.

Luciano la contempló con un afan henchido de ternura y de gratitud, desde el sitio donde esta-

ba, porque sus sensaciones habian sido tan fuertes desde hacia algunas horas, que no le dejaban fuerzas para moverse.

Wilna era hermosa como un sueño de amor: una masa de cabellos rubios como el oro, suaves y flexibles como la seda, se derramaba sobre su frente y sus hombros: sus grandes ojos entornados estaban guarnecidos de largas pestañas rubias, de esas que dan al semblante de una jóven tanta pureza y suavidad: á través de su pequeña boca entreabierta, brillaban sus dientes, semejantes á una sarta de diminutas perlas.

Aquel semblante tan bello, tan puro, tan plácido, estaba descolorido y marchito por el dolor y por la miseria: grandes ojeras oscuras contrastaban tristemente con la blancura de jazmin de sus mejillas: sus sienes se habian hundido ligeramente, bajo los rizos de su rica cabellera; y la parte inferior de su rostro estaba tambien adelgazada.

Sin embargo, á pesar de estos signos inequívocos del pesar, la mansedumbre mas adorable, la mas esquisita bondad, se reflejaban en su semblante.

Tenia puesta una bata de tela de algodon,

descolorida ya á fuerza de estar usada; uno de sus brazos sostenia su cabeza: el otro colgaba fuera del lecho.

Luciano se acercó por fin, despues de haber vencido la emocion que le dominaba: por sus mejillas corrian dos lágrimas, arrancadas por el aspecto de su mujer, porque aquel aspecto plácido y resignado era mas elocuente que las mas dolorosas quejas.

Arrodillóse junto al lecho y tomó la mano de Wilna para llevarla á sus lábios: pero casi en el mismo momento la soltó estremecido.

Aquella mano estaba helada.

Luciano se puso en pié de un salto: su cabello volvió á erizarse: sus dientes se chocaban con una horrible convulsion.

Acercóse á su mujer, y tocó su frente: estaba fria tambien.

Tocó su corazon: estaba inmóvil. Wilna habia muerto.

Un grito terrible se escapó del pecho de Luciano: el mundo le pareció que se desplomaba sobre su cabeza: revolvió sus ojos ciegos de furor por el dormitorio, ansiando hallar algo á que echar la culpa de su desgracia, y sus ojos se fija-

ron en un papel doblado y colocado sobre la mesita de tocador de Wilna.

Lanzóse sobre él, como sobre un inesperado consuelo: lo abrió, con mano trémula, y leyó lo que sigue:

«Adios, Luciano; voy á morir: mi corazon no puede amarte, y he perdido mis hijos que era lo único que me ligaba á la vida: voy á buscarlos, y á buscar tambien á mis padres á los que tanto amaba: quisiera tener esa fé ciega en el cielo que tienes tú: pero mi educacion no ha sido como la tuya, y mi padre escéptico, por sábio y por desgraciado, no me dió ningun escudo fuerte para tanto dolor como rodea mi alma.

»En esta hora suprema, quiero confiarte, Luciano, un doloroso secreto..... Yo no te amaba á tí, porque amaba á otro, desde antes de casarme contigo, y no tiene poca parte en mi muerte el convencimiento que abrigo de no poder ahogar este fatal amor.

»Adios, Luciano, y perdóname porque te aseguro que he sido buena y pura, y que tu apellido baja conmigo á la tumba sin que le empañe ninguna mancha.

WILNA.»

—¡Socorro! gritó Luciano, cuya cabeza se estraviaba ante aquella horrible desgracia, y olvidando que estaba solo, porque el máscara permanecia encerrado: ¡socorro!

—¡Abre, Luciano! gritó el arlequin ¡desde su encierro; ¡abre!

Pero Luciano ya no oyó estas palabras; oprimido su corazon de dolor, habia caido con la cara contra el suelo.

El máscara golpeó entonces la puerta, y con tanta fuerza, que los vecinos del cuarto segundo lo oyeron y subieron, logrando que acudiese un cerrajero para abrir la de la escalera.

En seguida se abrió tambien la del cuarto donde estaba encerrado el máscara, que se presentó en el umbral.

Aun conservaba su traje de arlequin; pero su gran gorro habia servido para despojar su semblante de la espesa capa de blanquete y bermellon que le cubria.

Habia arrojado tambien su peluca rubia, y largos cabellos negros y rizados guarnecian su frente morena y altiva, y sus mejillas adelgazadas.

—Soy el marqués de Chatereau, dijo con alti-

vez; no sé qué desgracia ha ocurrido aquí; pero id á buscar un juez, porque quiero constituirme en prision.

Y el marqués, seguido de todos los presentes, entró en la habitacion donde yacian Luciano y Wilnas muerta esta y aquel privado de sentido.

Él mismo, ayudado de otro vecino, levantó á Luciano, y le depositaron en un viejo sillon colocado junto al lecho, siendo reconocido por todos como el esposo de la jóven difunta que yacia allí.

Poco despues llegó el juez; estendió el sumario, y uno de los vecinos se encargó del desventurado Luciano, que aun no habia recobrado los sentidos, y que fué trasladado al cuarto principal.

Otros vecinos quedaron velando el cadáver de Wilna; el juez se hizo cargo de la carta de esta, como único cuerpo del delito, y rogó al marqués de Chatereau que se dejase conducir preso, á lo que este accedió, diciendo que estaba á disposicion de la autoridad.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

Un filósofo por fuerza.

Hácia el año de 1854 vivia en un pequeño pueblo de Castilla, y muy cerca de Madrid, una familia bastante numerosa y bastante pobre.

El gefe de ella, hombre de cuarenta y cinco años, honrado militar, con algunas heridas y algunas cruces, se habia retirado allí, á causa de la baratura y belleza de aquella aldea, situada del modo mas pintoresco.

Era un hombre recto y probo; pero rudo; el antiguo y severo honor español parecia haberse refugiado en él, cansado de buscar en el resto del mundo pechos donde albergarse, y hubiérase dicho que allí se hallaba tan bien como si

hubiera sido su propia casa, y que mirándola ya como á tal, no pensaba dejarla nunca.

Don Fernando de Villena, que así se llamaba, habia llegado á capitan por toda recompensa de sus largos servicios á la patria; y hacia unos cinco años que á causa de un padecimiento del estómago, le habian puesto en la mano su retiro.

Ya hacia tiempo que se hallaba entonces con su esposa y seis hijos á quienes dar pan; y calculando que podria comprar muy poco con los escasos recursos que el Estado le señalaba, pensó en retirarse á Villanueva del Pardillo, pequeña villa de la provincia de Madrid, y situada á cuatro leguas de la corte.

—¿Qué hará nuestra pobre Carolina en el pueblo, contando ya catorce años? preguntaba á su marido la esposa de D. Fernando con los lágrimas en los ojos.

—¿Qué hará? respondia el antiguo militar; ¿qué ha de hacer? lo que hagas tú; coser, rezar, pasearse.

—Eso basta para mí, que ya no soy jóven ni bonita, querido Fernando; pero ¿no es un dolor encerrar en un rincon del mundo los hermosos

ojos azules y los cabellos castaños de Carolina?

—Los hijos deben seguir la suerte de sus padres.

La pobre madre callaba, porque el carácter áspero é intolerante de su marido no permitia mayores objeciones; y además, ¿qué hubiera adelantado con ellas? Demasiado conocia la pobre mujer su absoluta carencia de recursos, y ella misma convenia en que no podian vivir en ninguna capital; pero, esto no obstante, lloraba á sus solas y murmuraba con acento desconsolado:

—¡Los otros cinco aun son pequeños! ¡pero mi pobre Carolina! ¡encerrada allí, y para siempre tal vez!

A pesar de todo, la familia se puso en marcha para la aldea en un hermoso dia de primavera; el padre iba satisfecho, como una persona que cumple con su deber; la madre llorosa y afligida; los niños corrian y jugaban; y Carolina, causa inocente de la tristeza de su buena y amorosa madre, corria y jugaba con ellos, con toda la alegría de sus catorce años.

Cuando digo que los hijos de D. Fernando corrian y jugaban, no debo suponer que piensen mis lectores hacian á pie el trayecto de cuatro

leguas que separan á Villanueva de Madrid; nada de eso; toda la familia iba en un carrito cubierto, propio del ordinario del pueblo, el cual solo les contaba á peseta los asientos del padre, de la madre y de Carolina, y á dos reales, los de los cinco niños; total, veinte y dos reales el viaje de toda la familia.

Pero los diez reales de los asientos de los niños, y aun los cuatro que importaba el de Carolina, era casi inútil el haberlos gastado; porque, apenas salieron al campo los muchachos, saltaron del carrito y echaron á correr por el camino como una bandada de palomas.

Poco despues D. Fernando, mecido por el movimiento, aunque ingrato, del carruaje, se durmió profundamente.

Su esposa aprovechó aquella inesperada soledad para llorar á sus anchas, lo que casi nunca se atrevia á hacer en presencia de su marido.

Era, á la sazon, una mujer de treinta y cinco años, que aun conservaba restos de una gran belleza, aunque marchita por los pesares y las privaciones: su estatura era regular y esbelta, y sobre su cuello, un poco largo y enhiesto, se levantaba su cabeza pequeña, fina é inteligente,

cubierta de cabellos negros, entre los cuales se destacaban algunas hebras de plata: sus ojos eran negros y rasgados, aunque se notaba en ellos una espresion muy triste: su boca fresca, á pesar de la palidez de sus lábios, conservaba una admirable dentadura: tenia la nariz aguileña y noble, la frente despejada, y un aire de dulzura y de bondad que embellecia aun todas las gracias que le habia concedido la naturaleza, y que sin duda habian brillado mucho en mejores dias.

Llamábase Berta, y no pocas veces este altivo nombre habia sido objeto de las burlas de su marido, que nada entendia de poesía, ni en la forma, ni en el fondo.

Pocas mujeres podian compararse, sin embargo, en belleza, gracia y distincion á la jóven Berta, cuando casó con Fernando, teniente entonces de uno de los regimientos que se hallaban de guarnicion en Barcelona.

Tenian entónces, él veinte y cuatro años, y ella diez y nueve: él era gallardo, elegante, hablador, petulante, y jugador con mediana suerte: vió á Berta una noche en el teatro: y á pesar de estar formalmente comprometido con otra jóven, que le amaba mucho, resolvió emprender la

conquista de Berta, que hacia un papel muy brillante en la ciudad por su belleza y su talento.

Otro motivo habia además que le impulsaba á desearla por esposa. Berta tenia unos doce mil pesos de dote, que su padre, honrado comerciante que murió muy jóven, habia podido dejarle: Berta habia perdido tambien á su madre, cuando apenas contaba diez y seis años, y habia quedado encomendada á un tutor amigo de su padre, hombre escelente, que adoraba á su pupila y la acompañaba á todas partes.

El flamante y vanidoso teniente tuvo poco que hacer para captarse la voluntad del tutor y de la pupila: la pobre Berta cayó en aquel lazo de oropel, que bien pronto debia oprimir su garganta, se enamoró perdidamente del jóven militar, que montaba muy bien á caballo, que chapurraba el francés y el inglés, que cada dia estrenaba botas y guantes; parecióle muy preferible á algunos honrados negociantes catalanes, que la hubieran hecho su esposa llenos de gratitud, y que le ofrecian una adoracion sin límites, si bien con formas algo rudas é ingénuas.

En fin, Berta dió su mano á Fernando, que bien pronto dilapidó en el juego y en su lujo per-

sonal, el modesto dote de aquella, ganado por su padre á costa de tantas privaciones y de tan ímprobo trabajo.

Mas adelante tendremos ocasion de hablar, lectores mios, del martirio del corazon que durante muchos años sufrió la pobre Berta, tan distinguida, tan delicada y pura, al lado de aquel hombre grosero y materialista que habia dejado su dorado barniz detrás de la puerta de la iglesia el dia que se casó, del mismo modo que se deja en un baile de máscaras un antifáz que incomoda; ahora nos contentaremos solo con hablar de su instalacion en la aldea.

Cerca de la caida de la tarde llegaron á Villanueva: los niños, que habian corrido la mayor parte del tiempo, iban cansados: eran tres varones y dos hembras, y contaban la mayor, que era la que seguia á Carolina, doce años; once el siguiente, y nueve el menor: los otros dos, eran una niña de siete y un niño de seis.

Hortensia, que era la que seguia en edad á Carolina, era una bella criatura que se parecia á su madre: tenia la tez trigueña y negros los ojos y cabellos: su hermana era mas suave, mas débil, por decirlo así.

Imaginaos una niña de catorce años, alta, blanca y sonrosada, con hermosos ojos azules y cabellos castaños, que, mirados á una buena luz, presentan reflejos dorados y brillantes, y tendreis un retrato aproximado de Carolina.

Su boca, fina y rosada, era melancólica: su frente despejada, sin ostentar esa anchura que raya en la deformidad: su nariz pequeña y graciosa: sus cejas de seda parecian trazadas, segun su delicadeza, con un pincel: sus largas pestañas rubias daban á su rostro virginal y puro un aspecto de sensibilidad y de pasion, del cual era muy difícil defenderse: era vivaz sin ser alegre: afectuosa con reserva: melancólica con dulzura y mansedumbre sin igual: á un tiempo delicada y sufrida: valerosa y débil: enérgica y suave: casta y apasionada: y todas estas dotes, tan diferentes entre sí, estaban repartidas por la mano divina del Eterno, con tal acierto, que unas servian para realzar las otras.

Tal era Carolina: su alegría, durante el camino, era sincera: vivia en Madrid hacia ya mucho tiempo, y la vida de Madrid, en la escasez, es insoportable, sobre todo para los niños.

Su padre, cuyo regimiento habia estado de

guarnicion en la córte durante los últimos años de su servicio activo, se habia vuelto regañon é insoportable, mucho mas de lo que antes lo habia sido: cuando le dieron el retiro, á causa de la dolencia, que él habia adquirido con su vida desordenada, su mal humor subió hasta un punto increible: y no solo su esposa, sino hasta el mas pequeño de sus hijos, miró casi como una felicidad la marcha á la aldea, calculando que tal vez así se calmaria su irascible humor.

Sin embargo, la pena torturaba cruelmente el corazon de Berta al pensar en la suerte futura de sus hijas, sobre todo de Carolina, cuyas gracias adquirian mayor mérito ante sus ojos de madre.

Cuando llegaron al lugar, el carricoche se detuvo á la entrada de la primera calle: allí estaba situada la casa que debia habitar aquella pobre familia.

El que duerme en un carruaje se despierta cuando este para, y esto sucedió á D. Fernando no bien hubo cesado el movimiento del suyo.

Frotóse los ojos con ademan grosero, y dijo con la voz entorpecida por el sueño:

—¡Hola! ¡ya hemos llegado! bueno: vamos, niños, abajo todos.

La prole, que hacia un rato habia subido, saltó al suelo muy alegre, y entraron todos en la casa.

Era esta grande, destartalada, fria: á pesar de ser aquel un hermoso dia de mayo, se advertia en ella un ambiente helado y húmedo: las inmensas chimeneas estaban llenas de polvorosas cenizas: grandes sillones de baqueta negra, muy viejos, estaban diseminados aquí y allá: aquel antiguo caseron pertenecia á un título jóven, rico y elegante, que no queriendo vivir en la aldea, habia mandado á su administrador que lo alquilase, por un módico precio, á quien quisiera habitarle: aquel año le habia tocado al retirado y á su familia, por haber muerto el anterior una vieja devota y regañona que le ocupaba hacia lo menos diez y ocho.

Así, pues, los viejos muebles, con los que se alquilaba, y hasta las paredes de la casa participaban de la incuria sórdida y triste que siempre ha sido compañera inseparable de la beatería; las mesas estaban llenas de gotas de aceite y sebo: los sillones desclavados y raidos: los vidrios

de los antiquísimos balcones, llenos de polvo: las molduras doradas de las chimeneas, y los marcos de algunos cuadros de remoto orígen, del todo negros.

Berta sintió que su corazon se oprimia mucho mas de lo que lo estaba ante el aspecto ruinoso de aquella triste vivienda: preguntó con voz ahogada si habia jardin, y una anciana, que era la encargada de guardar las llaves, y por consiguiente la persona que los instalaba, le dijo que lo habia, y muy hermoso.

Berta se informò del camino: estaba al fin del gran patio, y se bajaba á él por una escalera de piedra negra y tan húmeda, que entre sus grietas habian brotado muchas yerbecillas.

Carolina y Hortensia siguieron á su madre brincando como dos cervatillos: el jardin era hermoso, en efecto, á pesar de estenderse tambien á él el sórdido abandono que dominaba en las habitaciones: componíase de dos grandes calles, que formaban tres separaciones: de estas, una estaba llena de flores y las otras dos sembradas de verduras: grandes árboles frutales se elevaban en todo el jardin, prometiendo á los niños rica cosecha de meriendas y almuerzos.

Dos fuentes caudalosas y cristalinas ocupaban el medio de las dos calles: y al rededor de los pilones de piedra, una mano previsora y deseosa de obsequiar á los nuevos huéspedes, habia colocado algunas macetas de albahaca, de geranio y de claveles.

Las dos calles iban á parar á otra transversal que cruzaba el jardin, y que estaba plantada de alisos y álamos jóvenes y lozanos.

A lo último de esta calle, y formando ya ángulo con la tapia, habia un enorme tilo, que elevaba su pomposo ramaje de brillantes hojas, como un plumero de esmeraldas.

Sobre el jardin se elevaba un cielo azul, radioso y puro, alumbrado por el espléndido sol de mayo.

Berta, consolada, casi alegre, estendió sus miradas por tan hermoso panorama, y vió á su marido que entraba en el jardin: entonces, dominada por su emocion, corrió hácia él, y le dijo echándole los brazos al cuello:

—¡Oh, amigo mio! ¡qué hermoso, qué hermoso es esto!

—¡Sí, sí, está bien! ¡es muy hermoso! respondió brutalmente Villena: ¡muy bueno! pero te

anuncio que todo se va á variar! ¡pues estábamos frescos con tener solo una huerta de recreo para la señora y las señoritas! ¡Vaya, vaya! ¡por mi nombre que no faltaba mas!

Como se vé, el Sr. D. Fernando de Villena, hijo tercero de un marqués muy pobre, juraba tambien, cuando tenia gana de hacerlo: su infeliz esposa bajó la frente, y ya se retiraba confusa y afligida, cuando vió venir sonriendo á sus dos hijas.

—¿Qué tienes, mamá? preguntó Carolina, que mas perspicaz, ó mas cariñosa que su hermana, fué la primera que vió lágrimas en los ojos de Berta.

—Nada, nada, hija mia, repuso esta abrazando á las niñas: soy muy feliz, á pesar de todo, al veros tan contentas.

Madre é hijas siguieron su paseo por las grandes calles del jardin, en tanto que Villena recorria solo el estremo opuesto, meditabundo, adusto y silencioso, pensando en que allí no debia pasarse mal la vida, y en que, mala ó buena, debia contentarse con ella, porque todo tiene sus contras en este mundo.

Como se vé, la pobreza y la enfermedad ha-

bian hecho del militar calavera un filósofo profundo y verdadero.

¡Cuántos filósofos hay como Villena en el mundo!

Su conformidad es hija de su desgracia: pero, en el fondo de su alma, culpan de aquella á su destino; sin pensar, ni por un instante, que si hubieran sido filósofos cuando tenian, no hubieran llegado á la pobreza que abominan.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Carolina.

Cinco años han pasado: la familia de Villena, durante este largo período, ha variado de aspecto, porque en el carácter de todos ha habido un gran cambio.

Como realmente ahora es cuando empieza la accion de esta historia, bueno será que digamos en qué consiste esta mudanza para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

Villena se habia vuelto mucho mas brusco, grosero y regañon. Berta era mucho mas desgraciada, y en aquellos cinco años parecia haber vivido quince. Hortensia era una hermosa jóven de diez y siete años, muy brusca y muy ordinaria.

De los cuatro hermanos que la seguian, los dos mas pequeños habian muerto, y los otros dos eran dos muchachos de catorce y diez y seis años, que el uno aprendia á boticario y el otro ayudaba á sus quehaceres al fiel de fechos.

En cuanto á Carolina ¡oh! en esta si que se habia efectuado una gran mudanza; contaba ya diez y nueve años, y hacia dos que estaba casada.

Esta era la causa principal de la tristeza de su madre. Carolina estaba casada..... ya no era suya... no le pertenecia y era desgraciada tambien á su vez.

El esposo de Carolina no era ni feo ni hermoso; tenia veinte y nueve años y una fortuna regular; se llamaba Bernardo, y jamás habia tenido ambicion.

Sus habilidades se reducian á saber leer de corrido y escribir no muy bien; á saber cuidar los peones que trabajaban en sus heredades; á llevar las cuentas del molino harinero del lugar, que era suyo, y á querer mucho á su mujer, á la que creia muy superior á él por todos conceptos.

Por lo demás, tenia el aspecto honrado y bonachon, pero bastante brusco; casi nunca habia

salido de su aldea, en la que era conocido y estimado de todos.

Su traje consistia en un pantalon y una chaqueta de paño pardo para todos los dias; y un pantalon azul y una levita del mismo color para los festivos; pero aquella levita, aunque nueva y flamante, era mucho mas anticuada que las que de los deshechos de sus amos gastan los ayudas de cámara de la córte.

Esto consistia en que Bernardo se la ponia muy pocas veces, y en estas la cuidaba con el mayor esmero.

Ambos esposos vivian, enfrente de la casa que ocupaba el retirado con su familia, en otra casa muy vieja, propia de la familia de Bernardo Perez, y en la cual vivian tambien los padres de este.

Eran dos buenos ancianos; el padre ya no trabajaba porque tenia cerca de sesenta años, y estaba achacoso á causa de una escesiva laboriosidad durante toda su vida; se llamaba Casiano Perez, pero se le llamaba sencillamente el tio Casiano.

La madre tenia, poco mas ó menos, la misma edad que su marido; veneraba á este, adoraba á

su hijo y trataba con una especie de cariño humilde á un tiempo y protector á Carolina.

En medio de estos tres séres, toscos y honrados, se levantaba como un ángel de belleza la hechicera figura de Carolina, siempre vestida de blanco en verano, siempre vestida de seda en invierno.

Los años pasados de su adolescencia á su juventud, habian hecho de su naciente belleza una hermosura adorable; cada gracia se habia convertido en un encanto: cada encanto en una perfeccion; nada podia buscarse mas hermoso.

Era de esa talla un poco baja para llamarse alta, un poco elevada para llamarse pequeña: de esa talla que es el justo medio para la belleza de formas en la mujer: un estatuario hubiérase vuelto loco de alegría al ver sus formas correctas y puras, pero esbeltas y delicadas, como correspondia á su corta edad, y su esquisita organizacion; su talle se cimbreaba como un junco; sus hombros, redondos y finos, estaban hendidos por dos hoyos muy pronunciados; parecia imposible que pudieran sustentarla sus piés de niña, y mas imposible que su delgado cuello, un poco

largo, sostuviese el peso de su espléndida cabellera.

Aquellas espesas y brillantes trenzas de color castaño subido, conservaban sus reflejos dorados y esplendentes, y servian de un magnífico marco á su semblante oval, blanco como el nácar y alumbrado por dos rasgados ojos azules con largas pestañas de seda oscura.

Tanta era la blancura de Carolina, que apenas daba lugar á un suave sonrosado que se estendia por sus mejillas; por esto mismo su frente y el resto de su semblante ostentaban la satinada nitidez de la azucena.

Su suegra, la honrada y recta señora Prisca, la llamaba comedidamente la *figurita de marfil*, y á veces se reia tristemente de las aristocráticas maneras de Carolina, que ella calificaba de *melindres*.

Carolina hacia siempre como que no la oia; á las pullas mesuradas de su suegra, á las cariñosas reconvenciones de su suegro, á los apasionados y sencillos ruegos de su marido, para que depusiera su frialdad y su melancolía habituales, solo contestaba con el silencio.

No cuidaba de la despensa, ni del lavado, ni

del repaso de la ropa; no miraba por el aseo y la comodidad de su marido; se ocupaba en hacerse sus vestidos con mas gracia y coquetería que la mejor modista, en bordar sus cuellos y sus gorros de dormir, y en tocar el piano.

—¿Quién habia enseñado á tocar el piano á Carolina? dirá admirado el lector.

Su madre; habia hallado en uno de los desiertos salones del palacio un clave muy antiguo y muy viejo, y en él habia dado lecciones á su hija, recordando que ella habia brillado por su sorprendente talento musical.

Carolina aprendió lo bastante en aquel vetusto instrumento, para ser lo que habia sido su madre; una buena profesora.

Cuando se casó, uno de los regalos de boda de Bernardo, habia sido un hermoso piano inglés.

—¿Para qué quiere tú mujer ese mueble tan caro? preguntó la previsora señora Prisca á su hijo el dia que llegó el piano de Madrid.

—Para distraerse, madre mia, respondió Bernardo.

—Yo jamás he tenido esas distracciones, objetó múy admirada la labradora.

—Ya lo sé, repuso Bernardo, cuya candidez se

hallaba en un gran apuro para contestar á aquel contundente argumento; pero Carolina, además de distraerse ella, nos distraerá à nosotros durante las noches de invierno; ¡canta como un ángel!

—¡Con tal que no nos impida á tu padre y á m rezar el rosario! dijo á media voz la señora Prisca saliendo de la estancia.

Bernardo, sin poder darse cuenta del por qué, sintió que se oprimia su corazon: pero no supo qué decir, porque no era una de sus dotes la afluencia: el pobre mozo era honrado, amante, veráz: pero no sabia hablar mas que lo mas preciso, y eso algo duramente: era un corazon de oro bajo una cubierta de barro tosco.

Inútil creemos decir al lector que Carolina no amaba á su marido: educada por una madre delicada y tierna, á la que adoraba, detestaba en Bernardo algunos de los defectos que habian convertido á su padre en el tirano de toda su familia: y obcecada por su vanidad y humillada por la rústica sencillez de Bernardo, no echaba de ver que estaba dotado de mil bellas cualidades, que jamás se habian abrigado en el alma mezquina y vulgar del ex-teniente.

El casamiento de la jóven se habia verificado de un modo casi independiente de su voluntad.

Desde su llegada á Villanueva, habia visto siempre cerca de ella á Bernardo.

Cuando paseaba, se lo encontraba: un dia que cayó en un riachuelo, Bernardo la sacó de él: otro dia que deseaba un nido, Bernardo se lo alcanzó: cuando paseaba por alguna huerta, á la salida de ella estaba Bernardo que le daba un ramo de flores: cuando oia misa, Bernardo estaba tras ella: algunas noches la despertaba el ruido de una guitarra bajo la ventana de su cuarto, y ella decia maquinalmente:

—Ese es Bernardo.

Poco despues volvia á dormirse.

Así pasaron tres años: durante ellos, Bernardo siguió siendo la sombra de Carolina: el mozo tenia veinte y cuatro años, y aunque todas las muchachas de Villanueva se lo disputaban porque tenia muy hermosos ojos negros, y era el jóven mas rico del lugar, él solo veia á Carolina; era su primero, su único y quizá su último amor' porque á través de su humildad de niño se descubria el temple fuerte del hombre reflexivo.

Un dia fué el señor Casiano á ver al señor Villena, y pidió hablar á solas á este y á su esposa.

Cuando estuvieron sin testigos, habló así, con voz muy conmovida:

—Sr. D. Fernando, mi hijo está enfermo de tristeza: se ha enamorado de la hija mayor de V. y la rubilla le ha trastornado el seso, de modo que su vida peligra: ¿quiere V. dármela por esposa de mi Bernardo?

Villena hinchó los carrillos, tomó un aire de orgullo alarmado, y respondió:

—A la verdad, señor Perez..... tal proposicion..... estoy admirado..... mi hija tiene una educacion muy distinguida, y un nombre ilustre..... es una señorita..... y ya comprende V. que.....

—Mi hijo es un hombre honrado, respondió con altivez el anciano: la ama mas que nadie la puede amar en este mundo..... la ama mas que á su madre y mas que á mí....!

Ahogóse aquí la voz del señor Casiano, y enjugó una gruesa lágrima con el dorso de su mano, arrugada y ennegrecida por el trabajo.

Luego prosiguió, en tanto que Villena conti-

nuaba paseándose por el cuarto con una grosería que á él le parecia dignidad.

—Sé que su hija de V. no tiene un cuarto, pero no importa: sé que nos mira con desprecio á mi mujer y á mí, porque jamás nos dá los buenos dias, pero tampoco importa: lo que mi esposa y yo anhelamos ante todo es la dicha de Bernardo!

—Lo pensaré, respondió con rudo laconismo Villena.

—Lo consultaremos con nuestra hija, añadió Berta con su dulce voz: pero una mirada de su marido apagó el acento en sus lábios.

Cuando el señor Casiano hubo salido, Villena llamó á su hija, y le dijo con su grosería habitual:

—Chiquilla, vas á casarte con Bernardo Perez.

Carolina se encojió de hombros.

—Es el mejor mozo y el mas rico del lugar, añadió su padre: te quiere mucho, y como te cree superior y es bastante nécio é imbécil, tú serás la que mande en casa: por otra parte, lo pasarás mejor que aquí, en donde no puedes comprarte lo que quieres, porque somos pobres, y donde tienes que cuidar á tus hermanos: con

que lo dicho, no podemos despreciar semejante partido en nuestra mala posicion: dentro de un mes se hará la boda.

Así fué en efecto: la boda se efectuó cinco semanas despues, y aquel dia fué el mas dichoso de la vida de Carolina, porque advirtió que todas las jóvenes del lugar la miraban con envidia.

Bernardo parecia trasportado al sétimo cielo: sus grandes ojos absortos no podian separarse de Carolina que estaba bella como el sueño del primer amor, con su traje blanco de muselina, y su corona de azahar: cuando su marido le ofreció la mano para bailar un rigodon, aquella mano parecia de corcho al lado de la alabastrina de su novia.

Bernardo apenas se atrevia á tocar aquella diestra que ya era suya: temblaba cuando el viento llevaba hasta él el perfume de los rizos de Carolina: le parecia que no solo era él indigno de tanta dicha, sino que el sol no merecia alumbrar á su mujer: mirándola, sentia llenarse sus ojos de lágrimas, sentia deshecho su corazon en una ternura infinita.

Por la noche los padres de la desposada, acompañaron á los novios á su casa, y Berta, que era

la ternura y la delicadeza mismas, quedó admirada del aspecto encantador que presentaba el cuarto de su hija; jamás habia ella esperado encontrar tanta sencillez y buen gusto reunidos en aquella pobre aldea.

Un lecho de acero y bronce, rodeado de cortinas blancas bordadas, con trasparentes de grós azul celeste y sábanas de batista, orladas de antiguos encajes: el hermoso piano que Bernardo le regalaba; una mesa de tocador con cortinas de gasa, y cargada de lindos frascos de porcelana, de cajas de laca y concha y de esas mil chucherías, que tanto amamos las mujeres; algunas sillas ligeras de limonero y un elegante costurero de palo de rosa, constituian el mueblaje: habia además grandes macetas de flores y de plantas odoríficas, que exhalaban un delicioso aroma.

—Hija mia, dijo á Carolina la señora de Villena; tu marido te ama mucho: solo un corazon lleno de cariño puede acertar con algunos detalles que veo aquí: ámale tu tambien.

La señora Prisca cortó las palabras de Berta acercándose á esta y á su hija.

—Hija mia, dijo á su vez á Carolina: este cura

tito—el mejor de la casa—se ha arreglado así por el gusto de mi hijo; pero él y nosotros somos unos ignorantes: si algo falta, dispensa.

—¡Oh, señora! esclamó Carolina encarnada de confusion y gratitud.

—En cuanto á mí, prosiguió la señora Prisca, cuyas cejas se fruncieron al oir la palabra *señora*, cuando ella esperaba la de *madre*; en cuanto á mí, te regalo la cosa de mas valor que hasta hoy he tenido: esos encajes que guarnecen las ropas de tu lecho; los heredé de mi madre, y son de bastante precio: úsalos tu.

—Gracias, señora, dijo Carolina con su dulce voz, pero con su acento frio: muchísimas gracias.

La anciana se alejó lastimada á un tiempo en su corazon y en su amor propio: ella hubiera deseado un abrazo, y una sola palabra salida del corazon de Carolina.

Desde el dia siguiente, los padres de Bernardo siguieron su acostumbrado método de vida: la señora Prisca no imaginó ni por un instante que su nuera pudiera descansarla en algo: por el contrario, se persuadió de que así ella como la tia Bautista, su única criada, tenian en casa

una persona mas á quien servir y de quien cuidar.

Carolina empezó una vida mas cómoda, mas á su gusto, mas elegante, por decirlo así, de lo que jamás la habia llevado: se levantaba tarde; se peinaba, y vestia, y bajaba á dar un paseo por la huerta: cuando subia, la tia Bautista le servia un frugal almuerzo en su cuarto, compuesto de leche, huevos frescos y un poco de dulce: luego se ponia á bordar ó á leer, junto á la ventana de su cuarto, que por estar ya situada la casa al fin de la calle, y por ocupar aquella uno de sus ángulos, daba al campo.

Poco mas ó menos á aquella hora volvia Bernardo con los peones, y almorzaba en la cocina un plato de carne con patatas, con gran apetito, mas sin poder conseguir que su mujer le hiciese compañía.

Carolina comia á las cuatro algunos manjares delicados: su marido y los padres de este cenaban un poco mas tarde en la cocina.

Por la noche Carolina y Bernardo iban *al palacio*, como se llamaba al caseron habitado por los padres de la jóven, y á las diez volvian á su casa.

Tal era la vida que Carolina llevaba hacía dos años, durante los cuales su corazon se habia enfriado, y la existencia le parecia vacía y monótona, no obstante el apasionado, ardiente y generoso amor de su marido.

CAPITULO TERCERO.

Comentarios.

Era un domingo de junio, y las siete de la tarde, cuando la campana de la parroquia de Villanueva llamaba á los vecinos al rosario.

En el palacio, y en el cuarto matrimonial de Villena y de Berta, se hallaban sentadas esta última y su hija mayor.

Villena no habia querido jamás que su mujer tuviese aposento propio, porque decia que esas eran gollerías, y que habia que amueblar dos habitaciones, cuando los dos podian pasarse con una sola.

Sus hábitos soldadescos, lejos de irse modifi-

cando, se habian vuelto mas rudos y groseros desde que se habia hecho aldeano y filósofo contra su gusto y conviccion.

Su pobre esposa, víctima de sus estravíos, no le habia merecido la mas leve consideracion desde que acabó de gastar su modesto dote; dote que con tantos afanes y economías le habia ido reuniendo su padre, y que él dilapidó tan pronto y fácilmente.

Berta se habia resignado á todo: pero el dolor habia impreso su desolada huella en el semblante y en el alma de aquella infeliz mujer.

En la tarde de que voy hablando, parecia mas triste aun que de costumbre: á sus disgustos habituales, se habia agregado otro no pequeño, que le habia dado Hortensia, cuyo carácter brusco y turbulento se parecia bastante al de su padre.

A la sazon, Hortensia se hallaba asomada á la ventana: era una muchachona alta, morena, bastante gruesa y ordinaria: jamás habia sabido hacer mas que correr, decir insolencias á todos, y regañar con sus hermanos, tan bruscos y groseros como ella.

Carolina y su madre guardaban silencio: la

jóven llevaba un vestido blanco, y una rama de jazmin entre sus sedosos cabellos castaños, y nada puede imaginarse mas encantador que su dulce belleza adornada así.

De repente Hortensia dió un paso hácia atrás, y esclamó palmoteando:

—¡Forasteros! ¡forasteros! ¡cuántos vienen! ¡en coche y á caballo!

Carolina corrió á la ventana: en cuanto á su madre, sumergida en tristes meditaciones, ni siquiera habia oido las palabras de su hija.

Venian en efecto por la calle muchas gentes, evidentemente de Madrid, segun la elegante sencillez de sus trajes.

Abrian la marcha cuatro jóvenes vestidos de caza, pero con gran esmero: seguian luego cuatro amazonas que montaban con mucha soltura: dos eran casi niñas y muy lindas: las otras dos habian ya cumplido los veinte y cinco años, y al verlas, nadie hubiese dudado de que aun rendian un culto entusiasta á las diversiones y los placeres: eran de esas mujeres que adoran al mundo, y que no lo abandonan hasta que él les cierra sus puertas, cuando ya han desaparecido sus encantos.

Detrás de las damas, seguian otros ocho ó diez ginetes mas, de todas edades, aunque ninguno pasaba de los treinta años.

Por último, una carretela fuerte y elegante cerraba la marcha: á causa de lo caluroso de la tarde, y de lo corto del camino, los lacayos la habian dejado abierta, y podian divisarse cuatro personas sentadas en su fondo, y que, á pesar de ir cubiertas del polvo del camino, venian muy alegres.

Eran una señora de edad avanzada, cuyos plateados rizos se escapaban de una capota de raso aplomado, y tres caballeros.

De estos, uno tenia los cabellos grises y el semblante sellado por una amarga melancolía, aunque en él se advertian restos muy notables de belleza.

Los otros dos, eran dos hombres de cuarenta á cuarenta y ocho años, de aire altivo y modales tan naturalmente distinguidos, que no podia dudarse que pertenecian á la mas elevada aristocracia.

Uno de los jóvenes ginetes que se veian delante, iba mirando á todas las casas de la calle; cuando llegaron en frente del *palacio*, detuvo

su caballo y dijo volviéndose al resto de la cabalgata:

—Aquí es.

Toda la comitiva se detuvo á su vez: los caballeros echaron pié á tierra con presteza, y unos fueron presurosos á ayudar á desmontar á las jóvenes, mientras otros acudian solícitos á dar la mano á la anciana señora que venia en la carretela.

Un instante despues, Carolina, atónita, vió entrar aquella brillante comitiva en casa de sus padres.

La jóven, trémula de sorpresa, corrió á su madre y le dijo lo que pasaba. Pero Berta no se inmutó en lo mas leve, á pesar de que ya se oian en la antesala que precedia á la habitacion en que se hallaban, los pasos de los viajeros: abrió la puerta, y se presentó en su umbral.

A la vista de aquella mujer, pálida y digna, se detuvieron todos, y los hombres descubrieron su cabeza.

—Señores, dijo Berta con serena dulzura: me parece lo mas necesario ofrecer á las damas un poco de descanso, y les ruego sigan á mi hija á otra habitacion mas cómoda, por la única razon

de ser mas espaciosa: yo, si me lo permiten, iré al instante á reunirme con Vds.

Inclináronse todos con respeto y siguieron á Carolina, que, encarnada como una amapola, pasó delante para servir de guia.

La jóven temblaba como el tierno arbolillo que sacude el vendaval: y era que entre todos aquellos hermosos y brillantes jóvenes, habia uno cuyos negros ojos se habian clavado en los suyos con una afanosa sorpresa.

Aquella mirada atrevida, elocuente, habia turbado á la jóven: sentia arder su cabeza, y que sus piernas trémulas no podian sostenerla.

Durante el corto trayecto del cuarto de Berta á lo que su marido llamaba la *sala de recibo*, bajemos la escalera del palacio y nos hallaremos con todo el pueblo reunido á su puerta.

El auditorio se componia en su mayor parte de mujeres, que habian ido siguiendo la cabalgata; pero tambien habian acudido algunos hombres, que por lo avanzado de la hora, habian ya regresado de su paseo, ó del juego de bolos, que todos los domingos tenia lugar en la plaza de la iglesia.

—Mujer, ¿á qué vendrán? decia una gruesa la-

bradora á otra mujer que tenia á su lado.

—¿Quién sabe? se cansarán de la hermosa vida de Madrid, porque dicen que hasta lo bueno cansa en este mundo.

—Bien, pero aunque se cansen, ¿á qué vendrán?

—¡Toma! á pasearse!

—¿Aquí?

—¿Pues, quién lo duda?

—¡Cá! á falta de buenos paseos que hay en Madrid!

—Pues será alguna boda: dicen que á veces esas gentes gordas salen de Madrid por huir del bullicio.

—Pues yo, dijo un anciano labrador, creo que no vienen á nada de eso, sino á otra cosa muy distinta.

—¿A qué?

—Yo me lo sé.

—¡Qué mania de hacer misterios tiene siempre este tio Mateo!

—Vamos, pues lo diré: creo que vienen á hacer alguna funcion de iglesia.

—¡Bien puede ser!

—¿Qué ha de ser? pues qué, no hay en Ma-

drid mejores predicadores que el señor cura?

—¿Mejores? lo dudo.

—¡Bah, bah! á lo que vienen es á cazar: ¿no habeis reparado que los hombres traen escopetas?

—Es verdad: ¿pero y las mujeres?

—Aprovecharán el tiempo para pasearse.

—¿Y habeis visto á la señora que llegó hace tres dias? preguntó una anciana de aspecto honrado.

—¡Ah! ¿á la de la casita blanca? yo no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Ni aun á la iglesia ha ido hoy, siendo domingo.

—¿Ha venido sola?

—No: trae una criada, jóven aun, y casi tan bien vestida como ella: ella tampoco es vieja, pero tiene cara de haber padecido mucho.

—Entonces no hay que discurrir á lo que viene.

—Claro está: á curarse.

—Yo no le ví bien la cara, porque llevaba un gorro, así como los que llevan las señoras en Madrid, con un velo que se la tapaba; pero el

aire movió su cabello, y sacó un rizo fuera del sombrero, con lo que pude ver que era rubia... rubia como el oro.

—Ya lo veremos.

—Ciertamente: y ahora vámonos, porque los forasteros no llevan traza de salir, y se hace tarde para mis chicos, que en ponerse el sol tienen sueño.

Toda aquella honrada y curiosa gente, se dispersó, y pocos minutos despues, cada uno se hallaba en su casa y entre su familia, cenando con ese apetito envidiable, propio de las aldeas, y que rara vez nos visita en las grandes ciudades.

CAPITULO CUARTO.

En el que el lector hallará á un antiguo conocido.

Entre tanto que esto tenia lugar en la calle, los cazadores se habian reunido siguiendo á Carolina en el salon del palacio, ó á lo ménos, en lo que lo habia sido en otro tiempo, pues lo escaso de los muebles no permitia darle entonces tan pomposo nombre.

Los poseedores del palacio, no pensando sin duda en habitarlo nunca, se habian llevado á Madrid cuanto habia en él de valor: por esta causa, no se veian en la gran sala mas que algunos sillones viejos y resquebrajados, una mesa de juego que habia perdido el barniz, y un reloj de bron-

ce, ennegrecido por el tiempo y a incuria, sobre la chimenea: el señor Villena no habia podido, ni aun habia pensado en mejorar el mueblaje de la casa.

En medio de aquella vetusta estancia, se destacaba la angelical figura de Carolina, esparciendo en torno suyo como un rayo de plácida luz; turbada por la audaz mirada de aquel hombre, y turbada tambien por aquella reunion numerosa, que fijaba en ella toda su atencion, un vivo sonrosado habia cubierto sus mejillas, ordinariamente blancas como la flor del jazmin.

Dichosamente para ella, su madre vino en su auxilio; Berta apareció en el umbral, y las miradas fijas en la hija, se volvieron á la madre con no menor curiosidad.

Ya iba siendo reemplazada la claridad de la tarde por las sombras de la noche, y á poco de haber entrado la señora de Villena, entró tambien la única criada, que servia á la familia, con dos velas encendidas y colocadas en dos candeleros de plaqué, que brillaban de limpieza.

—Señores, dijo Berta despues de haber saludado con un cortés, pero frio movimiento de cabeza, y de haber ofrecido asientos á las damas;

ahora ruego á Vds. me manifiesten á qué debo el honor de esta visita.

—Es justo, señora, respondió el elegante jóven que no cesaba de mirar á Carolina y que para dar esta respuesta habia separado de ella los ojos con visible trabajo; es justo, y yo suplico á V. me perdone el no haberle avisado antes, como debia, de nuestra llegada; soy el dueño de esta casa, y estas señoras, mis amigos y yo, venimos á pasar en ella ocho ó diez dias, que emplearemos en cazar.

Berta se inclinó, pero la palidez invadió su rostro, que era muy hermoso todavía.

Entonces la dama anciana, que ocupaba la carretela, tomó la palabra comprendiendo, sin duda, lo angustioso de su situacion.

—Mi querida señora, dijo con dulce y penetrante cortesía; yo, en nombre de mis hijas y de mis sobrinas, y en el mio tambien, pido á V. perdon á mi vez, de haber accedido á los deseos de mi sobrino, viniendo á molestarla sin prévio aviso; pero ya que el mal está hecho, debo decirle que es fácil hacerlo menor de lo que podia ser; dos aposentos nos bastan á nosotras; y estos señores se acomodarán en otro, pues todo el dia lo

pasarán recorriendo los campos; este ha sido el objeto de su venida; en cuanto á nuestro servicio, no tiene que dar á V. pena alguna; dentro de muy poco debe llegar un furgon lleno de cuanto podemos necesitar, y que conduce además dos criados y dos camareras; quisiera así mismo, señora, poder evitar á Vds. la molestia de cambiar de aposentos, y nos contentaremos con los que haya desocupados.

—Señora, respondió Berta conmovida con la delicada dulzura de aquel lenguaje; V. y estas señoritas son demasiado buenas contentándose con tan poco, y les agradezco su bondad mas de lo que pueden figurarse.

Berta se levantó en seguida é hizo una señal á Carolina para que hiciese lo mismo; luego añadió:

—Ruego á Vds. que dispensen á mi marido si no cumple como debiera; disfruta de muy poca salud.

Berta dijo estas palabras con acento cortado y doloroso, y la anciana señora fijó en ella una mirada tierna y compasiva, adivinando sin duda los sinsabores domésticos de aquella mujer, tan bella y delicada.

Otra mirada se fijó tambien en la abatida frente de Berta; la del caballero de cabellos grises que ocupaba la izquierda de la dama en el carruage.

Era este hombre de aspecto singular; su frente, que se habia despoblado de cabellos, era ancha, magestuosa y elevada; los que le quedaban estaban casi plateados y se rizaban en las sienes, conociéndose que, mas que la edad, el estudio y la fuerza del pensamiento los habian hecho huir de la parte superior de la cabeza.

En sus ojos pardos, rasgados y llenos de dulzura, habia una luz estraña, que atraia y á veces deslumbraba; su traje, completamente negro, era de una hechura en estremo elegante; un bigote largo y sedoso cubria su lábio superior, y se ensortijaba con nobleza en sus morenas mejillas, de una palidez suave y dorada.

Aquel hombre debia ser, sin duda, un perfecto conocedor del corazon humano, á juzgar por la mirada de conmiseracion que fijó en Berta: en aquella mirada habia tambien una gran ternura, como si aquella alma triste y abatida hubiera simpatizado profundamente con la suya.

Berta, como queda dicho, se dispuso á salir, haciendo á su hija una señal para que la siguiera; pero esta señal fué notada por el jóven propietario del palacio, que dijo con una galanteria mezclada de sentimiento:

—¡Cómo, señora! ya quiere V. privarnos de su amable compañía, y de la de esta señorita?

—Me esperan, caballero; contestó Berta reprimiendo un suspiro, pues aquella sociedad, que en otro tiempo habia sido la suya, tenia para ella infinitos atractivos: además, añadió, á mi hija la espera tambien su esposo.

El jóven abrió los ojos con estupor, y los fijó en la plácida y encantadora cara de la jóven.

—¡Cómo! esclamó: esta señorita?..

—Está casada hace ya dos años, caballero.

Berta pronunció estas palabras con notable firmeza: porque habia advertido muy bien las atrevidas miradas que el huesped fijaba en su hija, y la turbacion de esta.

—Debo manifestar á V., señora, que participo de la admiracion de mi sobrino, dijo la anciana, que se habia puesto en pié para despedir á Berta y á su hija: ¿es posible que esta señorita se halle casada á su edad?

—Tiene ya diez y nueve años, señora.

—¿Y su marido será, supongo, de Madrid?

—No, señora: es de este pueblo.

—¡Ah, qué lástima! esclamó aturdidamente una de las jóvenes amazonas; !tan bella y casada con un labriego!

Berta miró con profunda pena las mejillas de su hija, cubiertas del carmin de la vergüenza: los ojos de Carolina, fijos en el suelo, contenian con trabajo algunas lágrimas.

—Señorita, dijo la valerosa madre, con acento reposado y firme: mi hija ha logrado un esposo honrado y que la ama: no podia ni debia aspirar á mas.

Dichas estas palabras, se inclinó con modestia en señal de despedida; pero la anciana dama se adelantó dos pasos y le tendió la mano.

—Soy la marquesa de Alhama, dijo al mismo tiempo con una sencillez y nobleza admirables: y para siempre, señora, su servidora y su amiga: hijas mias, saludad á estas damas.

Las cuatro jóvenes se inclinarón graciosamente, como un pomo de espigas, mecido por el viento.

—Soy el conde de Montilla, dijo á su vez el

jóven propietario, adelantándose y presentando su blanca y perfumada mano á Berta: disponga usted de mí, señora, con la franqueza de la verdadera amistad que le ofrezco.

—Gracias, señora, respondió Berta con la mayor naturalidad, y como persona acostumbrada al trato del mundo: gracias, caballero. Berta Melendez de Villena, y su hija Carolina Villena de Perez, son tambien sus seguras servidoras.

Madre é hija se inclinaron por última vez, y cruzaron el gran salon, dirigiéndose á la puerta.

Los huéspedes las siguieron con una mirada de admiracion y simpatía; y no pocos notaron que el paso de la madre era grave y tranquilo, en tanto que el de Carolina era trémulo y vacilante.

—¡Perez! ¡vaya un apellido! esclamó con una carcajada una de las jóvenes.

—Ese será el del marido, añadió otra.

—Claro está, dijo la tercera.

—Y parece muda la pobre muchacha, objetó la cuarta: ni siquiera ha despegado los lábios.

De las cuatro jóvenes, dos, segun dijo la marquesa, eran hijas suyas: estas se llamaban Corina y Lucrecia; las otras dos eran huérfanas,

sobrinas suyas, y encomendadas á su cuidado: sus nombres eran Luisa y Victoria.

El conde de Montilla, hermano de las dos últimas, debia casarse en breve con Lucrecia, que era la mas hermosa de las cuatro.

Las otras tres eran lindas, pero ninguna podia disputarle la palma de la belleza á la futura condesa.

Figuraos una jóven de diez y ocho años, alta, con ojos azules oscuros, cejas, pestañas y cabellos negros, adornando el óvalo prolongado y admirable de un rostro blanco y rosado: poned á este rostro una boca diminuta, una nariz griega, una barba pequeña, un lábio superior hendido por la mano de las gracias y de la castidad; colocad tan hermosa cabeza sobre un cuello esbelto, sobre unos hombros anchos, un talle delgado y una estatura de Diana cazadora, y tendreis, lectores mios, una idea de Lucrecia de Pimentel y Alhama, rica, por otra parte, con unos veinte mil duros de renta anual.

—Vamos, niñas, no empezar las burlas, dijo la marquesa entre severa y risueña; esa pobre jóven es muy interesante; ¿no es cierto, Vargas?

Esta pregunta fué dirigida al caballero de

los cabellos grises y grandes ojos, que permanecía sentado en uno de los viejos sillones, silencioso é inmóvil.

—Es, en efecto, interesante, respondió él como embargado por una distraccion profunda.

—¡Vamos! ya está V. sumergido en sus sueños, dijo sonriendo la marquesa; ¿es posible que esa niña, dotada de tantos atractivos, no ha de decir nada á su imaginacion de pintor?

Vargas sonriò con melancolía.

—Ese cargo, tia mia, es justo, pero inútil, dijo á su vez el conde acercándose á los dos interlocutores; ¿tan pocos atractivos reunen mis primas y mis hermanas, para no poder conmover ese corazon de roca? A fé, que nuestro querido Luciano bien merece todas sus iras; su pincel apenas reproduce otra cosa que cinco figuras; una jóven rubia, de adorable belleza, eso sí; una anciana y tres niños; ¿qué significa eso?

—Mi querido Francisco; tengo que oponer el silencio á lo que V. me pregunta, dijo con melancolia el pintor.

—Como siempre.

—Eso es, como siempre y lo siento; no obstante, quiero ser esta vez un poco mas esplícito;

esas cinco personas son los séres á quienes mas he amado en la tierra, ó mejor dicho, á los que únicamente he amado.

—¿Esa anciana, esa jóven rubia, estaban ligadas á V. por los lazos de la amistad?

—¡No! ¡Formaban mi familia!

—¿Y esos niños?

—¡Eran mis hijos!

Dos anchas lágrimas se desprendieron de los ojos del pintor al pronunciar estas palabras; la marquesa y su sobrino, contristados con aquel dolor profundo y elocuente, arrepentidos de su indiscreta curiosidad, se acercaron á él con afecto; cada uno de ellos tomó una de las manos de Vargas, y los dos murmuraron á la vez esta palabra:

—¡Perdon!

El pintor pasó por sus ojos su pañuelo de batista, é hizo un penoso esfuerzo para llamar á sus lábios una sonrisa tranquila.

En aquel momento se oyó el rumor de un carruaje, y una de las jóvenes, que estaba asomada á la ventana, esclamó con alegría:

—¡Ah! ¡gracias á Dios! ¡ya han llegado nuestros criados y nuestros equipajes! ¡Y además el

marqués y el vizconde! ¡han cumplido su palabra esta vez! Y las jóvenes saludaron con sus pañuelos á dos ginetes que habian llegado á la puerta del palacio, al mismo tiempo que el furgon.

Eran un caballero de edad madura y un jóven; aquel, despues de haber correspondido á los afectuosos saludos que les hacian desde la ventana, envió á decir por medio de un lacayo que se retiraba hasta el siguiente dia, porque llegaba un poco indispuesto: el jóven se reunió con los del salon.

Poco tiempo habia pasado, cuando todos los huéspedes del palacio, sentados ante una larga mesa, que alumbraban dos candelabros sacados del furgon, saboreaban, con gran apetito, una comida improvisada por la sábia mano del cocinero llegado de Madrid, y que se componia en su mayor parte de fiambres, y de una escelente sopa.

Para sentarse á la mesa, las jóvenes habian cambiado sus trajes de montar por otros de muselina blanca con lazos de color de rosa, de una frescura adorable.

Despues del café, las cuatro, acompañadas de algunos de los jóvenes, bajaron al jardin.

Carolina, reclinada melancólicamente en una

de las ventanas, las vió pasar como cuatro hadas vaporosas, apoyada cada una en el brazo de su caballero.

Lucrecia se apoyaba con un abandono encantador en el de Francisco.

La noche estaba hermosa, plateada, cargada de perfumes; el ruiseñor trinaba entre los tilos; las fuentes de las calles de árboles murmuraban dulcemente. Carolina sintió estremecerse su alma, y abrirse á una sensacion desconocida que participaba del placer mas íntimo y del mas punzante dolor... las carcajadas de aquellas alegres parejas le hacian daño: y entre ellas creia distinguir las del conde de Mantilla y las de Lucrecia, á quien odiaba sin saber por qué.

De repente su escitacion nerviosa tomó otro carácter y rompió á llorar; esto la alivió, porque se ahogaba.

—¿Qué tienes, querida mia? preguntó á su espalda la voz cariñosa de su marido.

La jóven se estremeció como si hubiera recibido una profunda herida; un amargo desaliento invadió su alma, como la niebla húmeda de la mañana cubre la luz del sol, y dejó caer los brazos con amargura.

—Vamos á casa, Carolina, añadió Bernardo; son ya cerca de las once, y ya sabes que nuestros padres nos esperan.

La jóven no respondió nada; sin ver que su marido le ofrecia el brazo, echó á andar delante de él, sin acordarse ni aun de abrazar á su madre y á sus hermanos.

Ya en la calle, y á través de las altas tapias del jardin, aun oyó las alegres carcajadas de las dichosas parejas, que vagaban entre las enramadas, fraguando sueños de amor y de dicha para el porvenir, que sin duda se les abria brillante y risueño.

CAPITULO QUINTO.

Escenas de la vida íntima.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando á la aurora saltó de su lecho, tenia los ojos hundidos y las mejillas pálidas.

Se envolvió en un peinador y se sentó junto á la ventana; su cabeza ardia; do quiera que volvia los ojos, veia la negra y ardorosa mirada del conde de Montilla, su dulce y melancólica sonrisa y la perfeccion aristocrática de su figura.

La pobre jóven nada habia visto del mundo, ó el mundo que ella habia visto en nada se asemejaba al que columbraba ahora: contaba solo

catorce años cuando habia ido á encerrarse con sus padres en aquella aldea, y se habia casado con Bernardo, porque este era el jóven mas rico, mejor mozo y mas codiciado de todo el contorno: pero ¡ay, Dios! ¡qué era ahora el pobre Bernardo Perez, comparado con todos aquellos brillantes caballeros que acababan de llegar de Madrid!

Ella era hermosa; lo sabia, lo sentia así; se habia comparado con aquellas cuatro jóvenes, y la misma Lucrecia de Alhama, tan elogiada, tan bella, no poseia encantos que bastasen á competir con los de Carolina.

Así lo habia comprendido tambien el conde; ¿por qué, si no, le habia enviado aquellas miradas de fuego? ¡y su destino estaba unido, encadenado para siempre, al de un hombre tosco, y que no hubiera valido ni para lacayo de aquel brillante y hermoso caballero!

No podré yo asegurar que estos fuesen los pensamientos de Carolina durante aquella eterna noche de insomnio y las primeras horas de la mañana; pero si, en efecto, eran otros, no dejaban de asemejarse bastante á lo espresado.

Un ruido, que oyó bajo su ventana, la sacó de

su distraccion: eran las caballerías de labor, que salian con los criados, para emprender las labores del campo.

Carolina levantó maquinalmente la cabeza y miró á la calle: ya marchaban los criados y en el umbral estaba en pié su marido, que se disponia á seguirles.

Este alzó la cabeza y vió á la jóven: le hizo una señal cariñosa con la mano, y luego entró adentro, y empezó á subir la escalera con celeridad.

Un instante despues, llamaba á la puerta de su mujer, que se levantó para abrir, haciendo un gesto de disgusto, triste y lleno de desaliento y amargura.

Bernardo era afable, cariñoso; pero recto, probo y algo severo: ofendióse algun tanto de no hallar la puerta abierta y en ella á Carolina, segun él se habia figurado.

—¿Estas mala? preguntó á su mujer entrando y mirándola atentamente al rostro.

—Sí, respondió la jóven con laconismo.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza.

—Anoche llamé á esa puerta, dijo Bernardo

con una gravedad algun tanto severa, y no me respondiste: y al pronunciar estas palabras, señaló una puerta pequeña situada en un ángulo de la habitacion de su mujer, y que comunicaba con la suya propia.

—No oí nada; respondió secamente Carolina.

El acento de la jóven era tan helado y tan duro, que su marido fijó en ella una mirada de doloroso asombro.

Carolina habia sido siempre fria y reservada con él; no obstante, jamás le habia ocurrido á Bernardo la idea de dudar de su cariño: lo atribuia á su carácter, á su educacion; pero no podia persuadirse de que no pagase con su afecto el inmenso amor que él le profesaba.

Bernardo bajó la cabeza, y dos anchas lágrimas brotaron de sus ojos.

Su mujer no las vió, porque seguia absorta en una preocupacion profunda.

—Carolina, ¿no me quieres ya? preguntó el honrado jóven, cuyo anterior enojo habia dado lugar á un dolor profundo y amargo.

Carolina levantó la cabeza y le miró con asombro, pintándose en sus ojos la gratitud; realmente su alma era buena y elevada, y solo

su imaginacion era la culpable, ayudada por los acontecimientos.

—¿Que si no te quiero ya, Bernardo? preguntó levantándose y tomando con cariño las manos de su esposo: ¿puedes dudar de mi amor? ¿te he dado algun motivo para eso?

—No, respondió Bernardo, cuyo enojo y cuyo dolor se disiparon con aquella caricia, como la nieve con los rayos del sol. No, Carolina mia; pero como te veo triste y displicente...

—Bien sabes que jamás he sido alegre.

—Oye, querida mia, dijo Bernardo estrechando las blancas y pequeñas manos que tenia entre las suyas; me parece que la vida que llevas no es buena ni para la salud del cuerpo, ni para la alegría del alma; es preciso que tengas mas movimiento... aquí en este aposento, donde permaneces encerrada siempre, solo trabaja tu imaginacion; pasea, trátate con algunas honradas personas del pueblo que te admiran y tendrian gran alegría con tu amistad; ¿por qué haces esta vida de clausura y de aislamiento?

—¡Me hallo así tan bien, Bernardo!

—Sin embargo, ya te he dicho que esto te perjudica; yo quisiera que te pasearas con mi

madre... que la acompañaras cuando va á ver á sus antiguas amigas, y que tú tambien, por tí sola, tuvieras algun trato. ¿Por qué no vas hoy á visitar á esa señora que ha llegado hace algunos dias? Dicen que está enferma y es una atencion que agradecerá sin duda.

—Iré con mi madre.

—¿Por qué no vas con la mia?

—¿Qué se yo? ¿no sabes tú que solo gusta de visitar á dos ó tres viejas labradoras del pueblo?

—Te acompañará, sin embargo, por complacerte.

—¡Oh, no! yo no quiero violentarla!

—Carolina, dijo Bernardo volviendo á recobrar su gravedad; quisiera que amases un poco mas á mi buena madre; ella lo merece y tú eres ingrata para con el cariño que te profesa.

—¿Cariño á mí?

—Sí, cariño; te ama como ama todo lo que amo yo; todo lo que me pertenece; si algunas veces está séria contigo, es porque le dá enojos tu ociosidad y tu orgulloso aislamiento; no es como tú una mujer distinguida y delicada; pero bajo esa ruda corteza, hay un corazon que sabe sentir.

El silencio fué la única respuesta que obtuvieron las vehementes palabras del jóven; algun tiempo esperó á que su mujer contestara; pero viendo que no lo hacia, pasó la mano por su frente y se levantó, haciendo un esfuerzo para sonreir y serenarse.

—Vamos, dijo, me voy á trabajar; querida mia, sal á pasearte un poco; eso te hará bien, porque la mañana está hermosa y agradable.

Besó á su mujer en la frente y salió de su cuarto; pero no bien habia empezado á bajar la escalera, volvieron á pintarse en su semblante el sobresalto y el desaliento.

Carolina le vió acabar de cruzar el breve espacio que quedaba de calle, y salir al campo; vió la cabeza inclinada de su marido, y sintió un movimiento de piedad; ella hacia desgraciado á aquel hombre que tanto la amaba, que le dedicaba todos sus pensamientos, todos los latidos de su corazon.

Contra su costumbre, Bernardo no volvió la cabeza para mirar la ventana de su mujer; continuó su camino absorto en sus dolorosas reflexiones, y Carolina se ofendió de aquel olvido.

—Voy á dar un paseo, se dijo deseando dis-

traerse de su mal humor, y echando sobre su blanco vestido de muselina una manteleta de seda. Despues se miró al espejo, y alisó con la palma de la mano las hermosas madejas de cabellos que guarnecian su frente.

Al verse tan bella, la alegria volvió á reir en sus ojos, y se puso á tararear una cancion.

Luego bajó la escalera sin dejar de cantar; pero al fin de ella se detuvo, porque le pareció que habian pronunciado su nombre.

No se engañaba; la señora Prisca, madre de su marido, y la tia Bautista, la anciana criada, hablaban en la cocina, situada en la planta baja.

Carolina, cediendo á una mala tentacion, se detuvo y escuchó.

—Sí, decia su suegra, sí, Bautista; mi hijo está hoy triste, muy triste, por mas que él me diga que no tiene nada y que nada le sucede; algo le aflige.

—¡Ya lo creo! ¡y tan algo! respondió la tia Bautista, que era áspera y gruñona; ¿no tiene de sobra con lo que hace su mujer? ¡lo mismo le quiere ella que á mi!

—Bautista, si no le quisiera, ¿quién la obligaba á casarse con él?

—¡Dale! señora, algunas veces me parece que se ha vuelto V. tonta de repente, cuando antes sentia la yerba nacer y la luna menguar! ¿qué la habia de obligar? el que estaba mas pobre que las ratas; el que tenia que coser y aplanchar y arreglar á cinco chicos como cinco leones: el que nuestro Bernardo era muy rico y ella sabia lo buenazo que es y lo muchísimo que la quiere!

—¡Es verdad! murmuró con un suspiro la buena madre, cuya natural penetracion era á veces eclipsada por su mucha bondad; ¡es cierto! ¡todo eso es cierto!

—¿Pues no ha de serlo? ¡sí, que me la pegan á mí con sus monadas la niña y su madre!

Carolina tomó su cancion de donde la habia dejado, acabó de bajar la escalera, y pasó por delante de la puerta de la cocina con aire despreciativo, y siempre cantando.

—¡Bien podia V. dar los buenos dias! dijo ásperamente la tia Bautista.

La jóven no respondió y siguió andando hácia la puerta de la calle.

—Buenos dias, hija mia, dijo entonces la señora Prisca, que, con su delantal blanco, ayuda-

ba á confeccionar el almuerzo de su marido y de su hijo.

—Buenos dias, señora, respondió Carolina que ya no pudo menos de volverse.

—Te advierto que he comprado unos pañuelos para Bernardo, y que hay que marcarlos, añadió la anciana con acritud, pues la palabra *señora* en boca de su nuera la sublevaba siempre.

—¿Para qué se han de marcar? respondió friamente Carolina; no lavando la tia Bautista, como no lava, mas que la ropa de casa, no los podrá perder ó confundir con otros.

—Es que además hay que orillarlos, y yo ya no veo á hacerlo.

—Y además Bernardo ha llevado siempre marcados los pañuelos, añadió la tia Bautista; no faltaba mas que ahora que tiene mujer, con obligacion de cuidarle, sucediese lo contrario!

Carolina no se dignó siquiera volver la cabeza hácia la vieja sirvienta; pero se volvió á su suegra y le dijo con frialdad estrema, aunque sin descomponer en lo mas mínimo su acento suave y sus elegantes maneras:

—Hoy estoy algo enferma, señora; pero uno de estos dias trataré de complacer á V.

Dichas estas palabras, saludó levemente con la cabeza, empezó de nuevo su cancion, y salió á la calle; pero, al pisar el umbral, oyó decir á la tia Bautista:

—¡Enferma, enferma! ¡los enfermos no tienen ganas de cantar ni de componerse!

Carolina se detuvo; pensó un momento de qué modo mortificaria á la anciana: luego volvió atrás, se asomó á la puerta de la cocina, y le dijo:

—Se me olvidó el sombrero y hace fresco: suba V. á buscármelo á mi cuarto.

La tia Bautista hizo oidos de mercader, y continuó batiendo unos huevos que tenia en la mano.

—Corre á buscar el sombrero, dijo severamente la señora Prisca.

La vieja criada obedeció, y un momento despues bajaba con un encantador sombrerito redondo de paja, orlado de una pluma blanca, y que era uno de los infinitos regalos de Bernardo á su esposa.

Carolina se lo puso, y nunca un semblante

mas precioso se ha visto adornado mas graciosamente.

Bajo la sombra del ala, brillaban sus rasgados ojos, y sus cabellos se deslizaban en doradas y copiosas ondas al rededor de su cuello blanco y torneado como el de un cisne.

Carolina salió por fin á la calle; el aire fresco y penetrante de la mañana disipó las nieblas de su cabeza; veíase libre, sola, bella, y la juventud rebosaba en su alma; parecióle que una vida nueva se abria ante sus ojos, y precipitó el paso, volviendo á entonar su cancion.

De repente, oyó el trote rápido de algunos caballos, y poco despues llegaron cerca de ella Lucrecia y Victoria, acompañadas de uno de los ancianos caballeros de la comitiva, de dos jóvenes de la misma y de dos lacayos.

Las dos primas lanzaron una mirada desdeñosa á Carolina, y pasaron sin saludarla.

En cambio los caballeros se inclinaron ante ella con esquisita cortesia.

La cólera y el rubor á un tiempo vistieron de carmin las facciones de Carolina, embelleciéndola mucho mas; miró á los jóvenes con una atencion mezclada de reconocimiento; por nada

del mundo hubiera ella querido que el conde de Montilla hubiese sido testigo del desaire que le habian hecho las dos damas; pero el conde no iba entre ellos.

Los paseantes pusieron al galope á sus caballos, y se alejaron seguidos de sus lacayos.

Carolina, despues de permanecer algunos instantes inmóvil y absorta en sus reflexiones, se alejó lentamente para continuar su paseo.

CAPITULO SESTO.

La incógnita.

La jóven, llevada de su ordinaria costumbre, dirigió sus pasos naturalmente á casa de sus padres. Berta era, á los ojos de su hija, lo mas sublime y elevado que conocia.

La jóven, que tenia un claro talento, habia comprendido, desde muy temprano, cuál era el mal que aquejaba á su madre y la pena que habia agostado en flor su encantadora belleza. Sabia que el grosero materialismo de su padre, que su carácter brusco y sus soeces costumbres eran las que habian amargado, despues de haberla redu-

cido á la pobreza, la existencia aquella noble y hermosa mujer que llevaba el nombre de Berta.

Mas de una vez los habia contemplado con una espresion dolorosa, durante las largas veladas del invierno: mas de una vez habia visto á su padre dormitando en la postura mas fea é indecorosa, en tanto que su madre bordaba, cerca de una mísera luz, una delicada flor.

Entonces en el alma de la jóven se alzaba una conmiseracion profunda por su madre: se levantaba y se arrojaba en sus brazos, sin poder pronunciar mas que estas palabras entrecortadas por el llanto:

—¡Oh, madre mia!

Berta dejaba su aguja: estrechaba á su hija contra su pecho, y luego le señalaba el cielo, diciéndole con una elocuente y triste mirada:

—Allí se acaban todos los sufrimientos.

A la sazon, Carolina conocia mejor que nunca el valor de su madre: desde que, como un meteoro brillante, habia aparecido la cabalgata de Madrid, todo habia palidecido en torno de la jóven: sus suegros, su marido, le parecian groseros hasta lo insoportable: su hermana, que en lo insolente y vulgar era un retrato de su padre, la

molestaba dolorosamente con sus palabras descompuestas, y sus ruidosas carcajadas.

Le parecia que el sol tenia menos brillo, y las campiñas menos hermosura, ante aquellos personajes deslumbradores con su lujo y con su esquisita elegancia: solo su madre no palidecia ante aquellas mágicas figuras: solo su madre era bella como ellas, elegante como ellas, distinguida como ellas: delante de aquellas mujeres, la frente de su madre no se habia inclinado: las habia tratado de igual á igual, y ellas le habian manifestado una consideracion, una deferencia ilimitada, al ofrecerle su amistad.

Carolina no podia ir, pues, á otra parte que al lado de su madre: porque cuando una cosa nos impresiona fuertemente, nuestro deseo mayor es acercarnos á lo que aquella cosa se aproxima.

Carolina, en vez de cruzar la calle para ir á casa de su madre, habia salido por la puerta falsa que daba al campo: tenia que dar vuelta á unos olivares y viñedos, y luego al cercado en el cual se abria la puertecita que comunicaba con la gran calle de álamos y alisos del jardin de su padre.

Quizá no era solo el deseo de ver á su ma-

dre, lo que llevaba á Carolina á aquel sitio: quizá el pensar que bajo los muros del palacio reposaban los huéspedes de Madrid, entraba por mucho en la direccion de sus pasos: como quiera que sea, ella pasó de un estenso olivar á un viñedo, y siguió el cercado paralelo al palacio con intencion de llamar á la puertecilla.

Pero, con alguna sorpresa suya, la vió abierta así que llegó á la distancia que su vista podia alcanzar; y aunque sabia que se quedaba siempre con un simple pestillo interior, no por esto dejó de preguntarse quién podria haber salido tan temprano.

—Habrá sido alguno de mis hermanos, se dijo á sí misma: habrá salido esta madrugada á correr por el campo, y quizá se habrá olvidado de cerrar.

Entró, sin inquietarse mas, en el jardin, cerró la puerta tras sí, y se internó en la larga calle de álamos y alisos, que, como ya dije al principio de esta historia, se estendia en toda la longitud del jardin.

La mañana estaba hermosísima: cantaban los pájaros en las ramas de los árboles, y las fuentes del jardin murmuraban tranquilamente,

oyéndose su susurro entre la cadenciosa armonía de los gilgueros.

Embalsamaba el ambiente un penetrante aroma exhalado de las flores, que, aunque no en gran número, habia dejado en el jardin el espíritu utilitario de Villena; pero nada de esto agradaba ó distraia á Carolina: su oido avizor anhelaba escuchar la voz de alguno de los huéspedes del palacio, y sobre todo, la del conde de Montilla.

Como se vé, Carolina era ya culpable, aunque sin saberlo ella misma, y sin que se diera cuenta de ello: su imaginacion era la delincuente: y aunque su corazon permanecia puro, es bien cierto que, dando rienda suelta á aquella, tardaria muy poco en participar de la misma falta.

Por dicha para su tranquilidad, ningun rumor sonaba en el palacio: era evidente que todos dormian, y que solo habian sido madrugadores los paseantes que habian pasado por delante de la casa de Carolina: y sin embargo, la jóven sentia una ánsia, un vacío indescribibles: deseaba algo que no se atrevia á confesarse á sí misma: deseaba oir un acento, ver una sombra, y volverse otra vez á su casa.

Sin duda en busca de esa sombra y de ese acento, dirigia sus pasos al palacio, á lo largo de la calle: allí alzó la cabeza: se hallaba al lado del gran tilo que terminaba la alameda, y bajo su pomposa copa, y sentada al pié del tronco, habia una mujer.

Carolina se detuvo casi sobrecogida: creyó al pronto que era una de las huéspedas del palacio, pero no tardó en conocer su error.

Aunque la incógnita se hallaba sentada de espaldas al sitio por donde iba paseándose Carolina, se adivinaba fácilmente que no contaba tantos inviernos como la marquesa de Alhama, ni tan pocas primaveras como sus hijas y sobrinas: vestia de negro: su trage se doblaba en grandes pliegues, llenos de magestad y de gracia: una manteleta, tambien de seda, cubria sus hombros y sobre ella volvia un cuello de una blancura deslumbradora.

Carolina pudo ver muy bien sus cabellos rubios y abundantes, á través de una gorra de tul de sencilla pero elegantísima hechura, que cubria su cabeza, inclinada sobre un libro que tenia abierto sobre sus rodillas.

La jóven avanzó un poco la cabeza impulsa

da por la curiosidad, y vió el perfil de la desconocida: mas apenas le hubo divisado, se pintó en sus facciones la mas grande sorpresa, pues era muy difícil imaginarse un semblante mas puro y encantador.

Era una mujer como de treinta y cinco á treinta y siete años, de tez diáfana como el nácar, de rasgados ojos color de cielo, delicada nariz y boca encantadora: sus cabellos rubios y espesos bajaban en dos bandós por sus sienes, y salian despues por debajo de su gorrito de tul, en numerosos rizos: una de sus manos, delgada, pequeña y blanca, sostenia el libro; la otra caia con abandono sobre su vestido, cuyo negro lustroso y brillante hacia parecer mas bella su esquisita forma.

A un movimiento que hizo Carolina, volvió la cabeza y despues se levantó con dignidad y cortesía.

—Señorita, dijo con dulce acento, pero en el cual se reconocia desde luego su orígen estrangero: he entrado por la puerta que hay al principio de esta calle: es, sin duda, un atrevimiento de mi parte el haberlo hecho; pero me pareció tan hermoso el sitio que no pude resistir á la tentacion.

—Mi madre, señora, respondió Carolina, á quien habia impresionado de un modo agradable la armoniosa voz de la dama, mi madre se tendrá por muy honrada con que V. frecuente este sitio, si le agrada.

—¿Vive V. aquí, señorita? preguntó la incógnita: porque este seria para mí un encanto nuevo.

Carolina se inclinó ruborizándose un poco, pues la lisonja era para ella desconocida, y la confundia algun tanto con las demostraciones de la simpatía: luego respondió con tristeza:

—Yo no vivo aquí, señora.

—¿Pues no está V. con su madre?

—No, señora: y Carolina reprimió un suspiro al dar esta contestacion: luego, mirando enfrente de ella, añadió:

—Creo que viene mi madre, y ella repetirá á usted su satisfaccion de que haya honrado su casa.

En efecto, un instante despues se divisó entre los árboles un humilde traje negro, de lana, y bien pronto la noble y modesta figura de Berta apareció á los ojos de la incógnita y de Carolina.

—Mamá, dijo esta, señalando á aquella: esta señora ha entrado en casa por casualidad y dice que le agrada este sitio: en este instante le aseguraba, en tu nombre, que puede disfrutar de él siempre que guste.

—Mi hija ha dicho la verdad, señora, respondió Berta con graciosa cortesía: mi jardin y yo seremos muy honrados con la presencia de V.

Luego, volviéndose á Carolina, la abrazó, la besó en la frente, y despues, apoyando las manos en sus hombros, dijo con un acento indescribible de ternura y de temor:

—Estás pálida y ojerosa, hija mia: ¿has dormido mal esta noche?

—¡Oh, muy mal, mamá! respondió la jóven meciendo tristemente la cabeza.

—¿Por qué has madrugado tanto entonces?

—No sé: me ahogaba en casa.

—¿Y Bernardo?

Carolina, antes de responder á esta pregunta, miró á la desconocida: al mismo tiempo se puso muy colorada; y luego, como si la avergonzase lo que iba á responder, dijo en voz muy baja:

—Ya se fué al campo.

La dulce mirada de Berta tomó, al ver la con-

fusion de su hija, una espresion de triste reproche: luego se volvió á la dama y le dijo con voz firme:

—Mi hija, señora, está casada con un jóven, labrador de este pueblo, y por su esposo le preguntaba.

—¡Cómo! esclamó la desconocida, en cuyas facciones se pintó la sorpresa que sentian todos al saber quién era el esposo de Carolina: ¡cómo! ¿esta jóven está casada con un labrador?

—Sí, señora, respondió Berta cada vez mas contristada de la culpable confusion de su hija: está casada coñ un labrador: con un escelente jóven que la ama, que tiene un noble y hermoso corazon, que es un hombre honrado.

—De ese modo, hija mia, puede V. llamarse dichosa, dijo con tristeza la incógnita: el hombre que nos ama, que es bueno y honrado, es el mejor para marido: esto se lo asegura á V., por mi boca, la esperiencia.

Dijo la dama estas palabras con una espresion tan triste, que madre é hija guardaron silencio: se advertia en su acento una conviccion tan melancólica mezclada á una especie de remordimiento tan amargo, que ambas conocieron

guardaba en el fondo de su alma una dolorosa historia: la historia de su vida.

—Yo he tenido un esposo bueno, noble, que me amaba mucho, y á quien no supe estimar, prosiguió la desconocida, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas: ¡no sé qué ha sido de él! y hoy, despues de diez y siete años que he dejado de verle, que por mi voluntad me separé de él, hoy daria la mitad de lo que me queda que vivir, por pasar el resto á su lado!

Al oir decir á la incógnita que se habia separado por su voluntad de su marido, Berta dió un paso atràs: aquella virtuosa mujer, que habia sido martir del carácter de Villena, no podia comprender que ninguna mujer del mundo se separase del suyo: Berta creia mucho mas fácil y sencillo morir que faltar á su deber.

La dama incógnita vió aquel movimiento de repulsion, y comprendió su pensamiento; un subido carmin vistió sus facciones, y dijo con voz entera y grave:

—He sido imprudente, ó mejor dicho, infeliz, señora, pero jamás culpable; algun dia contaré mi historia á su hija de V. y le servirá de ejemplo para no dejarse llevar de ilusiones ni de los

sueños de la imaginacion; entrstanto, puedo alargar á V. mi mano sin rubor, y decirle que soy digna de ser su amiga.

—Lo creo así, señora, repuso Berta tomando la mano que le presentaba la desconocida, conmovida y avergonzada á un tiempo de su anterior ademan de repulsion: lo creo así, y para probárselo, iré á visitarla mañana con mis hijas.

En aquel momento, y cuando la dama iba á contestar, se oyó una voz chillona, que cantaba una de esas mil canciones que se oyen por las calles, y que llevan el sello de la groseria; y poco despues se vió venir corriendo ppr uno de los senderos del jardin, una muchacha alta, desgreñada, mal vestida, y que traia los zapatos en chancleta.

Era Hortensia, que á la sazon tenia ya diez y siete años, y que obraba con el mismo desahogo que si solo contase diez.

Era poco mas baja de estatura que Carolina; tenia la tez morena, los ojos negros, y negros tambien los cabellos, que se cortaba á cada instante, porque no queria peinarse ni que la peinase su madre; por lo demás, sus facciones eran bastante agradables; tenia la boca grande, pero

fresca y adornada de una bonita dentadura; la nariz corta y levantada, pero muy graciosa.

Su frente era la parte mas desagradable de su rostro, porque demostraba su escasa ó ninguna inteligencia; era estrecha y deprimida, y estaba cargada de cabellos.

El traje de aquella jóven era tan descuidado, tan súcio, tan feo, como el de cualquiera de las muchachas labriegas del lugar; llevaba un vestido de percal oscuro, roto lastimosamente y muy súcio; sus manos estaban negras; sus uñas largas; por encima del cuerpo del vestido, descosido en mil partes, llevaba atado un pañuelo de percal descolorido: en fin, el aspecto de aquella jóven era á un mismo tiempo sórdido, lastimoso y grosero; habia en ella un aire estraño de ¿qué se me dá á mí? que hace daño á todos los séres delicados, cuando lo ostenta una jóven que se halla en la primavera de la vida.

—¿Qué quieres, hija mia? preguntó Berta á Hortensia antes de que llegase.

—¡Canario! ¡no parece si no que le incomodo á *usté* al lado! respondió la muchacha mirando á su madre con insolente grosería; ¡aguárdese á que llegue y lo diré!

La dama miró con estrañeza á Hortensia; y luego volvió los ojos á Carolina, como dudando que pudiesen ser hermanas; pero la misma Berta la sacó de esta duda, señalando á Hortensia y diciéndole:

—Mi hija menor.

—Y por cierto que nadie pensará que soy tal cosa, dijo Hortensia; al ver tan majas y emperegiladas á mi madre y á mi hermana, y á mí de estas trazas, de fijo se habrá pensado esta señora que soy la criada.

—No, señorita, respondió la dama; es V. demasiado linda y agradable para eso.

—Bah, bah, señora; á mí no me gustan remilgos ni floreos, contestó bruscamente la muchacha: soy como mi padre: el pan pan y el vino vino; yo sé que soy fea y súcia y dejada; pero tambien sé que no hacen de mí el caso que debian; mi madre, con escusa de llevar hábito, gasta vestidos de lana; mi hermana, como hace cera y pábilo del bonachon de su marido, lleva seda y blondas como las señoras de Madrid; y el resultado es que yo voy vestida de percal.

—¿Es posible, niña, que hayas de ser tan imprudente? preguntó Berta con severidad; ¿no

sabes que he ofrecido hábito para toda mi vida?

—¡Bah, bah! pamplinas, como dice muy bien mi padre: ¡aquel si que es corriente y neto! ¡como yo! su pantalon de paño gordo y su chaqueton: ¡buena tajada de magra, y buen trago de vino! y al que le *paizca* mal, se *golverá* de espaldas; ¡y *alante* con los faroles!

—¿Se podrá saber lo que te trae aquí? preguntó Carolina encarnada como una cereza y deseando poner término á las groseras sandeces de su hermana.

—¡Vaya! ¡la mogigata! ¡la *esquesita*! ¡la madama! ¿te incomodo aquí, *verdá*? pues me dá la gana de estar! ¿lo oyes? me puedo estar como tú y mejor que tú; porque tú debias estar en casa de tu marido, ayudando á tu suegra, ¿estamos? que la pobre vieja está mas harta de tus chandrerias!...

—¡Qué criatura, Dios mio, qué criatura! esclamó á media voz Berta, dolorosamente afectada por aquella escena.

—Yo soy como mi padre: ¿qué remedio? dijo Hortensia: clara como el agua y poco amiga de cumplimientos: por eso no se me dá á mí un bledo de que no me hagan ropa: yo no hago mas

que correr por las viñas y los campos... así es que ví venir á V. en aquel coche con su criada, y lo seguí hasta donde paró: de modo que sé su casa de V., y *cualquiá* dia que pase por allá subiré á verla.

—Yo, señorita, tendré en ello mucho gusto.

—Señora, si me lo *quié* dar á mí, digame Hortensia á secas; y la *verdá* que no sé *pá* qué me han puesto ese nombre *enrevesado*: mas quisiera llamarme Pepa, Juana ó Manuela.

La voz de Hortensia fué aquí dominada por un acento duro y regañon que se oyó hácia el fin del jardin:

—¡Berta! gritó la voz: ¡acabarás de venir con mil diablos? ¿no he dicho ya que quiero almorzar?

Al oir aquellas palabras, dichas con no poco enojo por su padre; Carolina, llena de confusion, miró á la incógnita: pero, con mucha sorpresa de su parte, vió su semblante cubierto de una palidez mortal.

Parecia sorprendida, fascinada y aterrorizada á un tiempo de oir aquel acento sonoro, pero imperioso y duro.

—Señora, dijo Berta, me llama mi marido, y es forzoso que vaya á ver lo que desea.

—¡Toma, toma! repuso Hortensia: ¿qué ha de querer? almorzar: á decirlo venia yo, pero hablando, hablando, se me olvidó.

Berta alzó al cielo una triste mirada: habia en aquella mujer tal dignidad, que parecía no tener lugar en su alma para aposentar la cólera: acercóse á la dama, le dió la mano, y le dijo con acento afectuoso y lleno de deferencia:

—Hasta dentro de poco que iré á ver á V. con mis hijas.

—La menor sabe donde vivo, y servirá á Vds. de guia: mi nombre es Aurelia... permítame V., señora, que por ahora no le diga mas.

Berta se alejó seguida de sus hijas.

En cuanto á la dama, á quien desde ahora llamaremos con el nombre de Aurelia, que ella misma se ha dado, volvió á sentarse á la sombra del gran tilo, y abriendo su libro, trató de entregarse de nuevo á la lectura.

Imposible le fué, sin embargo, conseguirlo: su imaginacion vagaba por regiones muy apartadas, porque sus lábios se abrian de vez en cuando para murmurar frases incoherentes.

Cerró, por fin, el volúmen: alzó al cielo su bello semblante, y uniendo las manos se puso á

orar con fervor religioso y sincero, pues por sus blancas mejillas se deslizaron algunas lágrimas silenciosas y tristes, que brotaban, sin duda, de amargas memorias ó de pasados dolores, encerrados en el fondo de su alma.

CAPITULO SETIMO.

La cacería.

Carolina, al separarse de la incógnita, con su madre y su hermana, entró con ellas en el interior de la casa: allí cada una tomó diferente camino.

Berta acudió á la voz desapacible de su marido: Hortensia entró en la cocina para devorar una enorme cantidad de patatas con tocino—su almuerzo cuotidiano,—y Carolina subió la escalera para dirigirse al cuarto de su madre, y al que ella de soltera habia ocupado.

Ambos se hallaban situados en el mismo corredor: era un pasillo angosto, alumbrado por un balconcillo de madera que caia sobre el corral.

Allí se abria la puerta del pequeño aposento donde la jóven vivia tan dichosa antes de ser la esposa de Bernardo: Carolina entró, sentóse en una vieja silla, única compañera de otra en mejor estado, y tendió una triste mirada por el aposento.

Su camita blanca, cerrada por cortinas de percal, se hallaba arreglada como si en ella hubiese de acostarse: la mesita de madera negra, con el pequeño tocador encima, brillaba de limpieza; una imágen de la Vírgen, encerrada en un pobre marco de madera, sonreia á la cabecera del lecho: todo, en fin, estaba como ella lo habia dejado.

Su madre habia sido quien, á la llegada á la aldea, le habia arreglado aquel cuartito lo mejor que le habia sido posible.

Su madre, quien por uno de esos milagros del amor que le profesaba, le habia dedicado aquel nido, desde el cual no pudiese oir el lenguaje obsceno y vergonzoso de su padre, y en el cual durmiese como un cisne jóven en el lecho de musgo que su madre le prepara á la orilla de un cenagoso lago.

Carolina respiró allí: estaba, desde el dia an-

terior, como embriagada con la multitud de sensaciones que sin interrupcion se iban sucediendo en su alma: aquellos viageros elegantes; aquel hermoso jóven que venia entre ellos y cuyos ojos la hacian tantas dulces promesas de amor: aquella dama desconocida, tan triste, tan bondadosa, que se le habia aparecido bajo el gran tilo del jardin: y en medio de todo esto, la desconsolada figura de su madre, y la austera de Bernardo, todo esto habia reducido su cerebro á un estado inesplicable de agitacion y casi de terror.

Sumergida se hallaba en sus reflexiones, cuando oyó la voz de su madre que la llamaba. Carolina abrió la puerta al instante, y se dió prisa á secar algunas lágrimas que corrian por sus megillas.

—¿Qué es eso, hija mia? dijo Berta tomándole una mano: ¿estás triste? ¿te aflige algun pesar?

—Ninguno, madre mia, respondió la jóven: ya sabes que lloro siempre que entro en este cuartito, pues él me recuerda el tiempo mas dichoso de mi vida.

—A Dios gracias, hija mia, no eres ahora tampoco infeliz: tu suerte ha sido bien diferente de la mia, y por esto doy á todas horas gracias al

cielo: pero ya es hora de que te dé cuenta de mi comision: la marquesa me ha encargado que venga á invitarte para tomar parte en la caceria de hoy.

—¡En la caceria de hoy! repitió Carolina cuyo corazon saltó de gozo, y cuyas mejillas se cubrieron de carmin.

—Si, en la cacería de hoy, ó mejor dicho, en la que ya se está organizando: son las ocho, y á las nueve hay que salir del pueblo: esta noche han llegado los monteros y la trailla, y desde la aurora se está preparando todo: tú tienes una elegante amazona, y solo hallo una dificultad para que aceptes.

—¿Cuál, mamá? preguntó Carolina cuyo semblante se cubrió de tristeza.

—Que se deberia avisar á tu marido.

—¿Para qué? á la noche cuando vuelva, ya estaré yo en casa, y se lo contaré todo.

—Sin embargo, creo que sin su permiso...

—¿A qué pedirle un permiso que estoy segura de que me ha de dar? esclamó Carolina: vamos, mamá, que vaya Hortensia con el criado de casa, y yo le daré la llave de mi ropero, á fin de que saque y me traiga mi vestido de montar; si yo

voy, mi suegra empezará á preguntarme, y tal vez me pondrá inconvenientes para que no vaya: es mucho mas regañona y curiosa que Bernardo.

—¡Oh, eso es bien cierto, porque Bernardo no lo es nada! repuso Berta: esto me hace consentir en que vayas á divertirte un rato, mi pobre Carolina; y además, creo que, yendo con tu padre, nada podrá decir tampoco tu marido.

—¡Qué! ¡viene papá tambien! esclamó sorprendida Carolina.

—Sí: al oir hablar de caza, se ha animado y ha dicho que él tambien queria ser de la partida: por eso pedia de almorzar con tanta prisa: nada sabia de eso, ni habia visto á ninguno de los huéspedes: pero esta mañana bajó al amanecer al jardin, y se halló con ese caballero de cabellos grises á quien llaman Vargas, que le convidó y le enteró del plan de la cacería: creo que vais á un soto dos leguas de aquí y propiedad del conde, donde hay un venado.

—¡Oh, pronto, pronto, mamá! interrumpió Carolina con el pecho palpitante y las mejillas animadas: ¡pronto, que vayan á buscar mi vestido de montar! un venado! una cacería! Yo convidada á una cacería, á despecho de esas orgullosas

jóvenes, que hace poco han pasado por mi lado sin saludarme!

—¡Cómo! ¿has visto á alguna de las señoritas que hay en casa?

—He visto á dos de ellas, mamá: á dos y ni una ni otra se han dignado saludarme ni aun con la cabeza! pero hoy estoy vengada por la cortesía de la marquesa que me hace su igual!

—¡Qué exaltacion, querida mia! cálmate, por Dios!

—¡Bien, bien, mamá! me calmaré, pero que vayan al instante por mi vestido de montar.

Carolina parecia no poder dar cabida en su cabeza mas que á esta idea: su madre, creyendo su afan hijo de un deseo natural de diversion, y de gozar de un espectáculo tan nuevo para ella, salió para enviar á buscar su traje.

Media hora despues, Carolina, hermosa como Diana cazadora, bajaba al gran patio del palacio donde ya estaba reunida toda la comitiva.

Llevaba un traje de amazona de merino verde, que dibujaba su talle de ninfa de una finura y esbeltez maravillosas: un chaleco de saten color de paja, un poco abierto, dejaba ver una camiseta plegada de batista, cerrada en el pecho

por dos botones de oro: y por debajo del cuello liso y doblado pasaba una corbata, de seda color de cereza.

Sobre las ajustadas mangas del traje, volvian unos puños, de batista lisa, bastante anchos: llevaba guantes de ante, finos como la seda y de color gris oscuro, y en la mano derecha, un latiguillo con puño de oro.

La premura con que se habia vestido no le habia permitido hacer su peinado sólido y firme; pero este abandono le prestaba un encanto seductor, muy distinto del que ofrecian las pretensiones de las otras jóvenes que llevaban el peinado en apretadas trenzas.

Los cabellos de Carolina bajaban en espesos y numerosos rizos casi deshechos al rededor de su cuello, y le daban un aspecto lleno de gracia encantadora y caprichosa, sujetos por un sombrerillo negro con velo verde.

Corina y Luisa, hija aquella y esta sobrina de la marquesa, se hallaban ya sobre dos jacas negras, gallardas y fogosas, que piafaban de impaciencia: los criados tenian los caballos de sus amos del freno, pues todos esperaban para montar á que llegase Carolina.

En medio de ellos, se veia al viejo Villena, ataviado con una levita raida y súcia, de retirado, con un sombrero redondo y con unas botas altas que usaba cuando iba á cazar solo, puestas por encima del pantalon.

Al ver bajar á su hija, esclamó con acento regañon, pero que procuraba suavizar por respeto á los que le rodeaban:

—¡Vamos, vamos, niña! ¿te parece justo hacer esperar á todos estos señores?

Carolina no respondió nada: estaba encarnada como una amapola, y solo acertaba á saludar con la cabeza á toda aquella brillante reunion.

Al mismo tiempo se le acercó el conde y le presentó la mano para ayudarla á subir sobre un hermoso caballo blanco que relinchaba y sacudia sus crines.

—Ese potro me parece demasiado fogoso para esta niña, dijo la marquesa, tengo miedo por ella.

—¡Qué miedo ni qué demonio! esclamó Villena: ¡mi hija monta bien, señora!

—Tanto mejor, repuso la anciana aturdida con aquella grosería, y mientras que Corina y Luisa se tocaban con el codo.

Entre tanto, Carolina, apoyada en la mano del conde, saltó con una ligereza llena de gracia sobre el potro. Francisco no dejó escapar la ocasion de oprimir suavemente aquella mano deliciosa y tan pequeña como la de una niña.

—En marcha, dijo la marquesa subiendo al carruaje que esperaba á la puerta con los dos ancianos: vosotros, amigos mios, obrad como os acomode: el señor Villena y Vargas van con vosotros; solo os encargo mucho cuidado con estas niñas: ya sabeis que en la avenida debemos hallar á los paseantes: nosotros seguiremos la cacería.

Al acabar la anciana de pronunciar estas palabras, soltaron los monteros la jauria, que salió dando ahullidos de alegría, corrieron detrás los ojeadores y siguió la cabalgata, al trote largo de sus briosos corceles.

Villena, siguiendo sus brutales instintos, se mezcló á los picadores y monteros, y partió delante: Corina y Luisa, huyendo de la compañía de la jóven lugareña, que habia sido invitada por la marquesa, muy contra su voluntad, partieron tambien delante, seguidas de algunos jóvenes, y Carolina quedó algo mas detrás, escoltada por

Vargas, por el conde y por dos amigos suyos.

La esposa de Bernardo se habia transfigurado: brillaban sus ojos, que parecian mayores que de ordinario: palpitaba su pecho y se reia á carcajadas de las corbetas de su caballo.

Poco á poco y llevada del encanto de la situacion, ó deseando hacer ver que sabia manejar su potro, se fué adelantando, y el jóven conde hizo lo mismo.

Ambos, sin que Carolina se apercibiese de ello, pasaron delante de Corina y de Luisa, y bien pronto el galope de sus caballos los dejó en la mas completa soledad.

—¡La lugareña parece que se esplica! dijo Luisa maliciosamente: pronto se ha hecho amiga de mi hermano.

—En cuanto encontremos á Lucrecia se lo digo, repuso Corina, cuyo amor propio estaba ofendido por la infidelidad del novio de su hermana.

—¡Anda, tonta! ¿crees tú que esto puede traer consecuencias? dijo Luisa, que, como era natural, defendia á su hermano: ¿crees tú que Lucrecia puede ofenderse de semejante cosa?

—¡Quién sabe! lo cierto es que esa mujer es bastante linda.

—Las mujeres de esa clase nunca son, para los hombres de la nuestra, ni bonitas ni feas: son un pasatiempo, nada mas: si lo hallan al paso, hay pocos que no lo aprovechen: cuando lo pierden de vista, se olvidan de que ha existido.

—Sin embargo, querida Luisa: á mi hermana no puede agradarle semejante pasatiempo, como no me agradaria á mí, ni á tí tampoco: esa es la verdad.

—Pues yo creo á Lucrecia con demasiado talento y con demasiado orgullo, para que haga caso de semejantes miserias.

Uno de los jóvenes, que se mezcló en la conversacion de las dos primas, la hizo general: poco despues llegaron á un recodo del camino, y en una avenida de árboles, hallaron á Lucrecia, á Victoria y á los amigos que las acompañaban en su paseo matutino.

Corina se acercó á su hermana rápidamente, y le dijo á media voz estas palabras:

—La labriega del palacio viene tambien.

—¡Cómo! esclamó la soberbia Lucrecia en el colmo del asombro: ¿viene de veras?

—¡Como te lo digo!

—¿Quien la ha convidado?

—Nuestra madre.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Francisco por un camino de travesía.

—¿Solos?

—Sí, solos: ten cuidado, porque, aunque rústica, no es fea, y tu novio le ha sorbido completamente el seso.

Lucrecia, al oir estas palabras, sonrió desdeñosamente: pero en aquella sonrisa habia un tinte de dolor que decia muy claro que habia quedado clavado en su alma el dardo emponzoñado de los celos.

En efecto: aquella jóven tan noble, tan rica, tan hermosa, tan soberbia, amaba á su primo con una pasion ardorosa, esclusiva y fuerte: aunque habia coqueteado con muchos jóvenes de la grandeza, el conde de Montilla era su primero y único amor, y nada conocia que pudiese reemplazarle en su corazon.

Con el pretesto de acercarse al coche en que venian su madre y sus ancianos amigos, hizo volver su caballo; pero un observador inteligen-

te hubiera visto que era para ocultar una lágrima.

Luego dió un brioso latigazo en las ancas de su jaca, y partió al galope por el camino que conducia al soto, y que era el único que, á su parecer, podian haber tomado Francisco y Carolina.

CAPITULO OCTAVO.

Seduccion.

Era una de las mas bellas mañanas del mes de junio: la tierra abria su seno á las emanaciones de la primavera y la naturaleza entera sonreia y hablaba de amor.

Brillaba el sol espléndido por detrás de un alto monte que se levantaba frente á los viajeros, y los pájaros entonaban himnos de gratitud á la estacion de las flores y de los perfumes.

El conde y la esposa de Bernardo seguian al paso un ancho sendero: la jóven guardaba silencio: tenia el pecho oprimido, temblaba y sus mejillas estaban encendidas, como las amapolas

que bordaban los campos de trigo que se estendian á orillas del sendero.

El conde iba muy sereno: gozábase, como sucede comunmente á todos los hombres colocados en igualdad de circunstancias, en el dominio que ejercia sobre aquella hermosa jóven que tenia el poderoso aliciente de pertenecer á otro: y creia buenamente que aquel pecadillo era venial y nó podia ofender á Lucrecia, á quien amaba por la conviccion de que era, para él, un escelente partido, y una mujer que todos le envidiarian por su hermosura y su opulencia.

Francisco fué el primero que rompió el silencio, cuando le pareció que la distancia, que los separaba de los demás convidados, era ya bastante para empezar á divertirse con aquella niña romántica y exaltada.

—¡Cuán dichoso soy esta mañana, amiga mia! murmuró á media voz aproximando cuanto pudo su caballo al potro de Carolina.

Esta levantó sus bellos ojos hasta el semblante del conde: el acento de este habia sido dulce, vibrante, sumiso, y habia llegado hasta su corazon.

Una coqueta hubiera respondido con una

carcajada: Carolina se estremeció y solo pudo repetir volviendo á bajar sus largos párpados, guarnecidos de luengas pestañas:

—¿Feliz?...

—Sí, muy feliz, Carolina, respondió el conde: hay en torno de V. yo no sé qué atraccion magnética que me confunde y me embriaga: es usted una de esas criaturas privilegiadas, mitad mujeres, mitad ángeles, que embellecen cuanto las rodea y cuanto tocan... ¡jamás he sentido lo que siento hoy al lado de V.!

Francisco no salia, al decir estas palabras, de los límites de la seduccion mas vulgar: lo mismo exactamente habia dicho á mas de cien mujeres, rubias y morenas, delgadas y gruesas, hermosas y feas; pero Carolina se persuadió al instante de que habia inspirado una pasion única y volcánica al conde: la inocente vió pasar ante los ojos de su imaginacion, y solo en el espacio de algunos segundos, la imágen de todos los dolores que habia devorado el conde durante las horas que llevaba de estar en la aldea: le miró y creyó verle pálido, demacrado, ojeroso, con los ojos humedecidos y los lábios temblorosos: en una palabra, como sucede siempre en tales ocasiones,

y en esas luchas homicidas del cinismo del hombre con el corazon de la mujer, atribuyó al conde todos los dolores que ella misma sentia.

Así es, que no supo qué responder: solo alzó una triste mirada sobre el semblante de Francisco, que le pareció mas interesante que nunca: este prosiguió:

—Desde que he visto á V., Carolina, soy otro hombre: yo no me conozco: yo, que he visto con indiferencia las mas hermosas mujeres del mundo, no puedo separar la imágen de V. de mi pensamiento: me duermo y la veo, despierto y la busco por todas partes... ¡Ah! por qué no es usted libre!... ó por qué la he hallado en mi camino!

—Señor conde, observó la jóven deseando decir algo, pues temia aparecer ridícula con su obstinado silencio: señor conde, yo agradezco en el alma la deferencia que V. me manifiesta... pero, como ha dicho bien, yo no soy libre... falto á mi marido con escuchar á V. y...

—¿Y qué importa ese nudo odioso? esclamó el conde con ímpetu: ¿acaso el matrimonio mata al corazon? ¿acaso quita al al a sus aspiraciones? no apele V, Carolina, á tan vulgares frases, V.

que no es una mujer vulgar; V., cuya alma es tan hermosa y tan elevada, no se refugie tras esa moral ridícula de las feas é insignificantes mujeres de las que nadie hace caso.

El conde dijo todo esto de un tiron, sin descansar ni tomar aliento: es lo que dicen todos los hombres cuando se encuentran en una situacion como la suya, y sin embargo, la pobre Carolina creyó aquellas frases de una elocuencia, de una fuerza de persuasion irresistibles.

Iba á responder sin duda, pero al levantar la vista sobre el conde, vió á la izquierda del camino la grave y austera figura de su marido.

La jòven, aun convencida de que nada habia podido oir de lo que le habia dicho el conde, palideció como si fuera á morir; porque su conciencia gritaba acusándola de su infidelidad á Bernardo.

Este esperó tranquilamente á que su mujer y el conde llegaran á salvar los pocos pasos que los separaban de la márgen del campo donde se hallaba en pié y con los brazos cruzados; cuando llegaron junto á él, contuvo por el freno el caballo de su mujer, y le dijo esta sola palabra:

—Baja.

—Viene ahí detrás mi padre, murmuró Carolina con voz ahogada y temblorosa.

—¿Y eso qué importa? repuso Bernardo con acento perfectamente tranquilo: baja y me harás compañía: verás qué hermosos están estos campos que son nuestros.

Carolina tuvo que apearse del caballo, sirviéndole de apoyo la ancha y callosa mano de su marido, en la cual ella fijó apenas su diminuto pié.

—Señor, dijo Bernardo mirando al conde sin fiereza, pero con grave serenidad: no sé quien es V. ni cómo se llama: tampoco deseo saberlo: pero le advierto que no permitiré á mi mujer otros amigos que los mios: así y aunque le agradezco que la haya acompañado cuando ella ha querido adelantarse á la demás comitiva, que sin duda está cercana, le suplico que no lo vuelva á hacer: yo, por mi parte, cuidaré de que ella pasée solamente con su marido.

El conde iba á contestar con gran altivez quizá, pero el fuerte galopar de algunos caballos, que se oyó á su espalda, le hizo volver la cabeza.

Casi al mismo tiempo llegó á su lado Lucrecia, seguida de cerca por el resto de la cabalga-

ta, y apareció por el otro lado del camino Villena seguido de dos ó tres monteros.

Lucrecia, comprendiendo la situacion, fijó una mirada de burla en su primo, y se echó á reir tan sin miramientos, que la frente de Carolina se encendió de un doloroso rubor: en cuanto al ex-militar, gritó:

—Vamos, niña: despues de hacer esperar á estos señores en el palacio, no les hagas tambien aguardar ahora por hablar con el patan de tu marido.

—El patan de su marido no le permite pasar de aquí, respondió Bernardo sin cambiar de color ni irritarse en lo mas mínimo, sin que su voz demostrase alteracion ó despecho.

—¡Cómo! esclamó Villena estupefacto: ¡qué estás diciendo! ¿no la dejas que continúe en la caceria?

—No señor, respondió Bernardo.

—¡Pues, amigo, podias darte por muy satisfecho y contento viendo que han contado con ella unas señoras como estas! gritó enfurecido el retirado.

—Mi mujer es solo la mujer de Bernardo Perez, que no puede alternar con personas de tan-

ta distincion, y yo le prohibo que entre en un círculo que ya no es el suyo.

Esto diciendo, tomó Bernardo la helada mano de su esposa, y se internó con ella en el campo que sus peones y criados trabajaban cantando con esa alegria que da, en medio de las mas penosas ocupaciones, la serenidad de la conciencia.

Francisco, sin dirigir ni siquiera una mirada á la desdichada cuya paz doméstica acababa de comprometer tal vez para siempre, pasó su caballo al lado del de su prima, y dijo en alta voz:

—Eso no vale nada, señores: ¡á la caza! ¡á la batida!

Tomó la mano de su prima, la besó y partió como una flecha, seguido de Lucrecia y de todo el resto de la partida.

Apenas hubieron desaparecido, Bernardo mandó á uno de sus criados que fuese en seguida á casa y trajese enjaezado, con silla inglesa, el caballito de paseo de Carolina: y no bien llegó, la ayudó á montar en él, y la dijo con grave ternura:

—Vamos á casa: yo iré á pié, á tu lado, y así

irás mas honrada, aunque tu marido parezca tu criado, que al lado de esos caballeros cortesanos y de esas mujeres burlonas, que se tienen por tan superiores á tí y que, en realidad, valen mucho ménos.

CAPÍTULO NOVENO.

Veneno entre flores.

Carolina llegó muy abatida á casa de su esposo.

El remordimiento de ofender á aquel hombre tan noble y tan bueno: el conocimiento que tenia de su rectitud y severidad, y sobre todo la angustia, el ánsia y el dolor que habian sembrado en su alma las palabras amorosas del conde, habian levantado en ella una sorda tempestad.

Queria sinceramente á Bernardo: pero Francisco la deslumbraba: no era que aun sintiese por el brillante y opulento señor una de esas fa-

tales pasiones que llevan en pos de sí toda la santidad y la dicha de una vida irreprensible: pero podia asegurarse que estaba muy cerca de sentirla.

La vergüenza y la alegría, la esperanza y el desaliento, se disputaban su corazon: sentia un rubor doloroso de ofender á su marido, porque su alma era pura y delicada: pero sentia tambien una loca y casi delirante alegría al creerse amada por el conde de Montilla.

Tantas emociones y tan acerba lucha debian rendir y postrar aquella débil naturaleza: una fiebre voraz, efecto de la escitacion de sus nervios, se encendió en sus venas, y cuando llegó á su casa, estaba tan débil, tan rendida, tan fatigada, que le fué imposible apearse por sí sola de su manso caballito, y tuvo que bajarla Bernardo en sus robustos brazos.

Asustado este la condujo á su cuarto, y llamó á voces á su madre: y la buena señora Prisca, olvidando en aquella ocasion todas las pequeñas quejas que tenia de su nuera, corrió afanosa á desnudarla y aliviarla en cuanto pudiese.

Al meterla en su lecho, Carolina fué acometida de una gran convulsion nerviosa: sus dien-

tes se chocaban amenazando romperse, y su hermosa cabeza, pálida y desmelenada, permanecia inerte y pesadamente apoyada en el pecho de su marido.

Pronto acudió el señor Casiano, y propuso ir á buscar al médico: pero el ataque, cediendo un poco, permitió á Carolina hacer una seña que manifestaba su oposicion.

La jóven no queria estar enferma, porque la sujecion en su lecho significaba no volver á ver al conde, que debia permanecer en el pueblo muy pocos dias.

—¡Pobre hijita mia! esclamó el señor Casiano tomando una de las manos de la jóven: lo que tiene es que hoy ha salido muy temprano y la ha constipado el relente de la mañana que aun es frio.

—Eso debe ser... repuso la jóven: pero ello pasará... tal vez á la tarde estaré ya buena.

Bernardo, inclinado sobre la cama de su mujer y mas pálido que esta, nada decia; pero en sus enérgicas y tostadas facciones se retrataba una pena inmensa.

La señora Prisca preguntó á Carolina si habia tomado algun alimento; y habiéndole dicho

que no, corrió á la cocina en busca de una taza de caldo.

Carolina, fatigada por aquellas demostraciones de interés, cerró los ojos no bien hubo sorbido el caldo: la desdichada hubiera deseado completa oscuridad y absoluto silencio para oir á su placer la voz de Francisco, que resonaba en su alma, para ver con los ojos de su imaginacion los elocuentes y atrevidos ojos del conde, que se fijaban en los suyos con tan amorosa y lánguida espresion.

A pesar de su deseo de quedarse sola, su marido permaneció á su cabecera toda la mañana y una parte de la tarde: no separaba sus ojos del semblante de Carolina, y de vez en cuando se inclinaba, y dejaba un tímido beso en aquella frente abrasada por pensamientos culpables.

Cerca de las cuatro de la tarde se levantó Bernardo, creyendo dormida á la jóven con un sueño benéfico y reparador: nada habia comido en todo el dia, pues acostumbraba á desayunarse á las doce, y mucho antes de esta hora, era cuando se habia vuelto acompañando á Carolina: la necesidad de algun alimento se hizo sentir en su desfallecido estómago, y al mismo tiempo la de sa-

tisfacer á los peones el jornal de la semana, pues era sábado, dia en que, por lo regular, cobran los trabajadores, y dentro del cual pagaba siempre Bernardo á los suyos.

Cruzó el aposento con cuidado sumo: abrió la puerta y salió dejándola entornada.

Apenas oyó el ligero ruido que hizo su esposo al salir, Carolina, que no dormia, abrió los ojos y se incorporó sobre un brazo, quedando bien pronto sumergida en una amarga y dolorosa meditacion.

De repente se estremeció; le pareció oir algun ruido en la ventana, que se hallaba muy poco elevada del suelo.

Un impulso irresistible la hizo levantarse y abrirla, si bien con mucha precaucion; asomó la cabeza, y solo vió la calle desierta, pues á la apacible mañana habia sucedido una tarde tempestuosa.

Fijó despues sus ojos en el antepecho de la ventana, y vió en él un pequeño ramillete, en cuyo centro asomaba el estremo de una perfumada carta.

Carolina recogió con una ánsia indescribible ambas cosas y escondió las flores en un ca-

jon de su mesa de tocador, despues de sacar la carta que contenia muy pocos renglones, y decia así:

«Carolina: no es solo una aficion pasagera la que siento por V.: mi dicha ó mi desgracia eterna dependen de conservar su afecto. No pido amor: me contentaré solo con el título de su amigo, ya que otro mortal mas dichoso tiene derechos sagrados sobre V.; pero, al menos, espero de usted que me concederá una entrevista: mañana, al rayar el dia, estaré en el jardin del palacio: nadie puede vernos á esa hora, y yo sabré de su boca mi destino.»

El conde de Montilla.

Cuando la jóven acabó de leer este billete, sus ojos brillaban y sus lábios sonreian: parecíale que su pecho se habia aliviado de un peso enorme desde que sabia que el conde se contentaba con su amistad: la pobre niña ignoraba de cuantos ardides se vale el libertinage, y cuantas máscaras saben tomar los seductores de profesion.

—¡Iré! se dijo: ¡sí, debo ir, y quizás mis palabras le fortifiquen en su buena resolucion! él tiene un corazon noble... él es fuerte y yo le rogaré que lo sea aun mas por los dos... le contaré

mi aislamiento; le diré que nadie me comprende aquí, que á nadie mas que á mi marido podria pedir consejo y abrir mi corazon, y, que á mi madre no me atrevo! ¡oh, sí, sí! debo ir para romper esta red fatal que me vá envolviendo... para formar lazos dulces y consoladores de amistad con ese hombre que tal imperio ejerce sobre mí!

Carolina guardó con las flores el billete, y volviendo á recostarse en las almohadas de su lecho, dejó vagar á su imaginacion entre sueños de rosas.

Su marido volvió á sentarse á su lado, y Carolina, muy contrariada con su presencia, quiso probar á dormir; pero en vano: la conciencia gritaba en su oido y por mas que ella tratase de engañarla con sofismas, la conciencia es un juez que no se vende ni se deja engañar por apariencias.

Sin embargo, ya que no dormia, lo fingió tan bien, que cerca de las dos de la mañana Bernardo, cediendo á las instancias de sus padres, se retiró á su cuarto.

Los dos ancianos se marcharon al suyo; y solo quedó la tia Bautista de guardia junto al lecho de la jóven enferma.

La vieja sirvienta la miró con cierto rencor, y murmuró entre dientes:

—¡Vaya con los males! lo que ella quiere, es hacer la gran señora y sacudir de su lado á su pobre marido! ¡Cuarto aparte para cada uno! eso no es lo que Dios manda: al menos Ambrosio y yo, en veinte años que estuvimos casados, siempre tuvimos el mismo cuarto; pero eso consiste en que yo le queria y esta melindrosa no quiere á Bernardo, ni se casó con él por otra cosa que por sus pesetas, y porque ella estaba muerta de hambre.

Y la vieja Bautista, despues de este soliloquio, se recostó en la silla y se durmió profundamente, sin dársele un ardite por el cuidado de la enferma, á la que tan escasas simpatías profesaba, y de quien era tan severa detractora.

CAPITULO DÉCIMO.

El café.

Poco despues de haber recogido Carolina de su ventana las flores y la carta del conde, se hallaba este sentado á la mesa con todos sus convidados, y comiendo tan alegremente, como el hombre mas dichoso.

¿Se acordaba entonces de Carolina, de aquella Carolina, adúltera ya de pensamiento, culpable por él de ingratitud para con el mejor de los esposos, y al mismo tiempo tan desgraciada por su causa?

Casi pudiera yo asegurar que no.

Tal vez mis lectores juzgarán que la que así escribe es escéptica en materia de amor: y sin embargo, en nada reconoce mas la bondad de Dios, en nada la adora tanto, como en la existencia del amor: cree que del amor emanan y nacen todas las dichas de la vida, y que solo el amor compensa todas las penas de este valle de dolores.

En lo que cree pocas veces es en los amores repentinos: piensa que el amor es una flor purísima y delicada que necesita de cuidados para crecer y dar su perfume: cree que le alimentan, tanto como la belleza física, las bellas cualidades del alma, del carácter y de la educacion, y que el amor verdadero jamás se fija en un objeto que no conoce bien.

Francisco no conocia á Carolina ni bien ni mal: habia visto en aquel caseron viejo, donde pensaba habitar por cinco ó seis dias, á una jóven linda y delicada, y como profesaba el principio aquel de que en esta vida solo se consigue de ganancia lo que cada uno se divierte, habia querido sacar el mejor partido posible de su estancia en la aldea.

Poco le importaba á él que la jóven fuese un

prodigio de sensibilidad y de talento, ó que fuese helada, egoista y ruda: ni sabia cuál era su carácter, ni habia pensado por un instante en detenerse á examinarlo: ¿para qué? era una flor que hallaba en su camino, que la arrancaba para recrearse con su perfume y que pensaba arrojar cuando se alejase de aquellos sitios.

Quizá la dejase para siempre yerta y marchita; pero si los hombres pensasen en esto, seria muy tonta su vida, y se privarian de mil pequeños placeres que les entretienen bastante agradablemente.

Francisco comia, bebia, hacia finezas á sus primas y á sus hermanas, reia y hablaba, sin pensar ni por incidente en la esposa de Bernardo, quien, despues de leido su billete, y unida á su agitacion nerviosa la que le producian la esperanza y el temor de verle, sentia cada vez mas activa en sus venas una fiebre lenta y dolorosa.

En la mesa se hallaba ya el huésped que habia llegado indispuesto, y que se habia retirado á su cuarto: era un hombre de cerca de cincuenta años, aunque su salud, arruinada por la disipacion y los desórdenes de su juventud, le ha-

cia aparecer de algunos mas: su aspecto, como el de todas las personas que han vivido demasiado aprisa, era cansado y algo triste: parecia vivir en una completa distraccion y olvido del pasado y del porvenir, inquietándose tambien muy poco por el presente.

Largos y hermosos cabellos, que debian haber sido muy negros, pero que á la sazon estaban casi blancos, se rizaban en sus sienes, y sin duda por deferencia á su elevada clase, se le habia dejado uno de los asientos preferentes de la mesa.

—Amigos mios, dijo la marquesa al terminar la comida, Vds. tomarán el café aquí mismo, porque en el gabinete único que hay un poco confortable, lo han servido para nosotras: en el campo hay que dispensar ciertas fórmulas.

—¡Cómo! esclamó Francisco: tia mia, ¿nos abandonas? ¿huyes de nosotros?

—No, por cierto: solo quiero dejar á Vds. un rato de libertad, y al mismo tiempo tener alguna atencion con esa pobre señora que vive en casa: la he invitado, y tambien á su hija menor, á tomar café con nosotras.

—¡Oh, mi tia! ¿Hay algo comparable á mi tia?

esclamó Francisco, que era verdaderamente entusiasta del talento y distincion de la anciana marquesa: ¿habeis visto mayor prevision, mas delicadeza y gracia reunidas?

—Vamos, vamos, lisonjero, interrumpió la anciana: ¿hay algo mas natural que el tener esta atencion con esa señora y con su hija? tú, por tu parte, debias invitar á su marido á tomar el café y pasar la velada con vosotros.

—Es cierto, tia mia, y voy á hacerlo.

Francisco se volvió á un criado que estaba detrás de su silla, y le dijo:

—Vé á decir al señor de Villena que le suplico se sirva acompañarnos á tomar una taza de café.

—Ahora quedad con Dios, dijo la marquesa: si quereis, despues de las diez nos reuniremos en mi cuarto hasta las doce, todos los que no tengan sueño, ó no estén cansados de la caceria: vamos, niñas.

La marquesa salió acompañada de las jóvenes, y casi al mismo tiempo entró por otra puerta el esposo de Berta, que saludó con humildad á la reunion,

Los criados sirvieron el café y se retiraron.

—Se pide, dijo uno de los jóvenes amigos del conde, que cuente una historia el marqués.

—Sí, sí, que la cuente.

—El que ha sido hombre de tantas aventuras, sabrá muchas.

—Algunas sé, en efecto, respondió el interpelado, que era el huésped que habia llegado enfermo, y que por esta razon hasta entonces no habia salido de su cuarto.

—Pues venga una.

—Señores, vamos despacio, replicó el marqués. ¿Quieren ustedes una historia en la que yo haya sido actor? ¿un sucedido?

—¡Eso, eso! ¡un sucedido!

—Pues escuchad.

El marqués sorbió la mitad de su taza de café; encendió un cigarro habano, y apoyando la mejilla izquierda en la palma de su blanca y aristocrática mano, empezó así:

—En el año de 1837, vivia yo en Paris...

El marqués fué interrumpido por un movimiento convulsivo que hizo el caballero que tenia á su derecha: era Vargas, el pintor melancólico á quien hemos oido lamentar con la marquesa la pérdida de su familia, y que solo pintaba en sus

cuadros una mujer rubia y muy bella, una anciana y tres niños hermosos como querubines.

El marqués se volvió asombrado y miró á Luciano; pero en nada le recordó aquel semblante triste y marchito al hermoso esposo de Wilna: por otra parte, Vargas dijo con voz dulce:

—¡Perdon, caballero: en aquella época me hallaba yo tambien en Paris, y esperimenté muy crueles desgracias!

El marqués prosiguió así:

—Como todos Vds saben, señores, soy francés é hijo de Paris; pero no he vivido siempre en la capital, pues la mayor parte de mi vida se ha pasado en viajes.

En el año de 1837, me hallaba en ella, hacia algunos meses, de vuelta de una larga escursion á Inglaterra y Alemania: tenia yo treinta y cuatro años y estaba fatigado de la vida, porque aun no habia alumbrado el amor verdadero, y las conquistas son mas fáciles y numerosas en Francia que en España.

Una tarde que pasaba por el boulevard Saint-Honore, ví una aparicion celeste: la mas hermosa mujer que haya podido imaginar un poeta ó un pintor: entró en una tienda de juguetes, y com-

pró una de esas ruedecitas de marfil, que sirven para que los niños no sientan tanto los dolores de la denticion: yo la miraba por entre los cristales de la tienda y la oí hablar en aleman y bastante familiarmente con el comerciante, que era aleman tambien: así que hubo salido ella, entré yo y pregunté al vendedor de juguetes si la conocia.

—Sí, caballero, me respondió: es Mme. Wilna, casada con un pintor español que reside aquí hace tres años.

—¿Es alemana?

—Sí, señor.

—¿Dónde vive?

El comerciante me dió las señas, y desde aquel instante no dejé un momento de asediar á la esposa del pintor.

No me faltaban, á la verdad, medios para ello: pertenecia yo á la sociedad llamada entonces de los *desagravios*, cuyos estatutos eran en estremo originales, pues nos permitian á los jóvenes de la mas alta aristocracia reunirnos con las personas mas calaveras y aun con las mas degradadas.

Nos dedicábamos á perseguir mujeres: y la

que desairaba nuestras pretensiones quedaba castigada de una manera bien cruel: para estas mujeres desdeñosas, nos erigíamos en censores despiadados: buscábamos todos los antecedentes de su vida pasada, todos los accidentes de su presente, y lanzábamos sobre ella una acusacion formidable en un anónimo dirigido á su padre, á su marido, á su hermano ó á su amante, cosa que podíamos hacer las mas veces, porque la calumnia es mucho mas fácil de lo que algunos creen.

Todos los presentes soltaron una carcajada, celebrando las represalias de los *desagravios*: solo una persona permanecia grave, pálida, severa: era Luciano de Vargas; pero en su frente se retrataba una perfecta serenidad y la firmeza de una resolucion inmutable.

—Pedimos la continuacion de la historia! gritaron muchas voces.

—¡Sí, sí! ¡la historia, marqués, la historia!

El marqués prosiguió de este modo:

Durante muchos dias agoté todos los medios de vencer la resistencia de la bella alemana, pero en vano: no contestaba á ninguna de mis cartas, y acabó por encerrarse en su casa como

en un castillo inespugnable, y del cual jamás salia.

Algunas desgracias de familia la obligaron aun mas á un retiro absoluto: murió la madre de su esposo y murieron dos de sus hijos: y supe además, á fuerza de indagaciones, y por medio de una antigua criada de la casa de su padre, que alimentaba desde su primera juventud una pasion desgraciada.

Aquí fué interrumpido de nuevo el narrador; pero no por su vecino, sino por una ruidosa y grosera carcajada del señor Villena: el marqués, ofendido, le miró fijamente, y todos los presentes se volvieron hácia él.

—Señores, no hay de qué estrañarse, dijo el ex-teniente sin dejar de reir: estoy bien enterado de esa historia, y por eso me rio al escucharla.

—¡Cómo! esclamaron dos ó tres voces: ¿V. está enterado?...

—¡Claro está! como que el objeto de la pasion desgraciada de Wilna, era yó!

—¡Será posible!

—Casi no lo parece al verme ahora de esta fecha y de esta facha, ¿no es cierto? pero yo no he sido siempre así... hace veinte años era Fer-

nando de Villena un gallardo oficial, calavera, elegante y adorado de las muchachas: ví á Wilna un dia que fuí á casa de su padre á comprar un dije para regalar á otra jóven que me amaba... me gustó, porque era muy bella: se lo dije y le ofrecí casarme lo antes posible; la pobrecilla se lo creyó. . era yo su primer amor, ya se vé, no habia cosa mas fácil; pero luego conocí á mi mujer, que era tan bonita como Wilna, y además regularmente rica, le gusté y me casé con ella.

La alemana era una de esas mujeres románticas y exaltadas, que por su gusto se hubiera pasado la vida llorando su primer desengaño... pero su padre pensó de otra manera... era viejo y estaba arruinado: y á fuerza de ruegos y de lágrimas, la obligó á casarse... con el señor.

Y Villena, con imprudente ademan, señaló al caballero sentado á la izquierda del marqués, y que no era otro que Luciano de Vargas, el pintor de los cabellos grises y de los grandes ojos.

Este se levantó, tranquilo, severo, imponente: y por un movimiento maquinal, todos se levantaron al mismo tiempo.

El marqués de Chatereau, pues ya le habrá

conocido el lector, se acercó pálido y conmovido á Luciano: y despues de saludarle, le dijo con voz baja, y que en vano procuraba hacer tranquila:

—No habia conocido á V., caballero, porque no le habia oido nombrar por su nombre y porque ha cambiado V. mucho: suspendo mi historia, que ahora veo tiene mucho de terrible... mi ofensa está en pié, pues aquella noche fatal dudé...

—¡Basta! interrumpió Luciano con voz terrible: yo acabaré de referir á estos señores la historia.

Este hombre, prosiguió tendiendo en torno suyo una mirada altiva, este hombre, para vengarse de mi mujer, se disfrazó de arlequin en la noche del domingo de carnaval de 1837 y me dijo que Wilna no me amaba, y que, si queria seguirle, la hallaria con el hombre que me robaba su cariño... poseido de un vértigo le seguí .... luego supe que habia encargado á uno de sus infames amigos que se escondiera en mi casa para dar mas visos de verdad á su calumnia, y mas seguridad á su venganza: pero sin duda á su amigo le repugnó semejante infamia, y no fué:

le encerré en un cuarto y llegué hasta el dormitorio de mi mujer, á la que hallé sola... pero muerta!...

Todos retrocedieron horrorizados: Luciano continuó así:

—No fué este hombre quien mató á Wilna. Dios, quizás, en sus sábios juicios, dispuso de su vida... pero este hombre quiso perderla... y la calumnió ppr la mas baja y cobarde de las venganzas... entonces su buena suerte le arrancó de mis manos, ¡pero hoy vuelvo á encontrarle, y le mataré!

Nadie respondió una palabra.

—Marqués, prosiguió Vargas: es inútil emplear rodeos: mañana, á las primeras horas del dia, nos batiremos á pistola, y á muerte: estos señores no se opondrán á nuestro intento, porque los considero á todos hombres de honor; saldremos por la puertecilla del jardin que dá al campo.

Todos los presentes se contentaron con saludar, y Luciano, saludando á su vez, salió con paso lento y magestuoso.

Nadie osó romper el silencio que siguió á su salida; el marqués, con una nobleza que hablaba mucho en su favor, se retiró tambien sin decir

nada, y todos los convidados hicieron lo mismo, quedándose bien pronto el salon desierto.

Cada uno de aquellos hombres, todos valientes y esforzados, sentia temblar su corazon en el pecho al pensar en aquella venganza que venia á cumplirse diez y siete años despues de recibida la ofensa.

CAPITULO UNDÉCIMO.

La cita.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche: la fiebre habia traido el insomnio y no cerraba los ojos sino para ver ante sus ojos la imágen amorosa del conde, ó la amenazadora de Bernardo.

Este tampoco se habia acostado: aunque las exigencias de Carolina, ó mas bien el dominio que ejercia sobre su marido, habian dado á los dos, habitaciones distintas, estas se hallaban divididas por un solo tabique, y tenian entre sí una puerta de comunicacion.

Por aquella puerta entraba y salia sin cesar

Bernardo en el cuarto de su mujer: y muchas veces se la halló con los ojos abiertos como dos estrellas.

Ya cerca del alba, le rindió la fatiga, porque el trabajo corporal y la tranquilidad del alma y de la conciencia son dos cosas que exigen reposo: recostóse en su lecho, sin desnudarse, y entornó la puerta para que su respiracion, demasiado fuerte, no molestase á Carolina, que al parecer reposaba tambien.

Estraño contraste presentaban los aposentos de ambos esposos: en el de Carolina se advertia lujo y elegancia: en cambio, nada habia mas pobremente sencillo que el que ocupaba Bernardo, y el cual podemos examinar mientras este duerme.

Un catre de tijera, un gran armario de pino para la ropa y una mesilla de la misma madera, componian todo el mueblaje, destacándose sobre las blanqueadas paredes del aposento: sobre la mesa habia un peine y un cepillo de ropa: en un rincon una aljofaina de cobre, brillante como el oro, y sostenida por un pié en todo igual á la mesa, y un colgador, del cual pendian una chaqueta y un pantalon de trabajo.

Tal era el aposento de Bernardo, el mismo que habia ocupado desde niño, y en el cual habia soñado tantas veces con la bella y graciosa imágen de Carolina: aquella era quizás la primera noche intranquila que pasaba en él, porque aun en el tiempo en que estaba enamorado, aquel hombre, tan rudo y tan tímido en la apariencia, tenia la conciencia de su valer y la esperanza de alcanzar el amor de aquella jóven á quien amaba con tan ciega y esclusiva idolatría.

En la noche de que voy hablando, la tranquilidad habia huido de su alma, porque empezaba á penetrar en ella la duda: la soledad en que habia hallado á su mujer con el conde, no era lo que le inquietaba: aquella soledad podia haber sido casual, y además, tenia en un concepto demasiado elevado á su mujer, para suponer, ni por un instante, que ella hubiese buscado ó admitido aquel aislamiento: lo que le hacia un daño horrible era la confusion en que habia hallado á su mujer, su abatimiento despues, su fiebre y su desvelo; porque, segun las convicciones de Bernardo, el adulterio del pensamiento y del corazon, significaba mas, mucho mas, y era mas irreparable, que el adulterio positivo y material.

Pero, por un efecto natural de su carácter altivo y generoso, encerró todo su valor en el fondo de su pecho, sin dejar asomar á su semblante mas que la inquietud que le poseia por el estado de Carolina: y solo, en la soledad de su pobre cuarto, se paseaba agitado, golpeándose la frente con su mano callosa y endurecida por el trabajo.

Sin embargo, el cansancio y el sueño le rindieron, por fin, con un letargo profundo: eran las únicas horas de reposo que disfrutaba desde las primeras horas de la mañana.

Cuando empezó el oriente á mostrar la estrecha cinta blanca que anuncia la venida del alba, Carolina, que habia estado espiando el instante de la primera claridad, se levantó, y envuelta aun en su bata de noche, se acercó hasta el lecho de su marido.

Este dormia profundamente.

Luego se acercó al sillon de la tia Bautista, que dormia tambien con la mayor tranquilidad.

Estos movimientos de observacion fueron ejecutados por Carolina con el semblante trastornado por una violenta emocion: á la pálida claridad de la mañana, se la hubiera podido tomar por una alma desterrada del cielo, que ve-

nia á contemplar la vejez y los dolores de la tierra.

Vistióse apresurada con su traje blanco: echó sobre su hombros una manteleta blanca tambien, y recogió sus cabellos con un gorrito de encajes.

Luego bajó la escalera con mucho silencio, abrió el pestillo de la puertecilla que daba al campo, y salió sin que nadie la oyese.

El frio de la fiebre hacia chocar sus dientes: su paso era incierto y vacilante; pero ella nada sentia.

Cruzó el pequeño espacio que la separaba del cercado donde se abria la puertecilla del jardin del palacio, y llegó á ella.

Segun se habia imaginado, ya la habia abierto el conde, que se hallaba allí puntual á la cita, y que casi recibió á la jóven en sus brazos al entrar en el jardin.

Carolina retrocedió asustada: no estaba dispuesta á aquel abrazo atrevido, y le pareció que una nube negra cubria el cielo de sus ilusiones.

—Caballero, dijo apoyándose trémula en la tapia, he venido para oir de su boca de V. que solo

desea ser mi amigo: sí; solo esa confianza es la que me hace venir aquí, faltando á mi deber y estando además enferma...

—¡Enferma! interrumpió el conde con vehemencia, porque su corazon se interesaba, quizá sin saberlo, por aquella bella jóven, pálida y dolorida, que venia á pedirle piedad como una víctima á su verdugo: ¡enferma! repitió mirándola con mas cuidado: ¡es verdad! esa palidez... la alteracion de sus facciones... ¡Carolina, no me oculte V. sus dolores... sus pesares... quiero partirlos con V... guarde sus alegrias para su marido... pero sus penas las reclamo yo, que las sabré comprender mejor que él!

Calló Francisco: volvió á mirar á la jóven, y su fisonomia se entristeció profundamente: era evidente lo que aquella mujer sufria: y era cierto tambien que jamás habia visto una mujer mas bella.

En efecto; nada puede imaginarse de mas sublime, en lo hermoso, que la figura de Carolina, envuelta en su largo ropage blanco: sus facciones, de una pureza y regularidad encantadoras, estaban pálidas y abatidas: parecian mayores sus grandes ojos azules, pues la violenta lucha de

las últimas horas había robado la fresca redondez de sus mejillas.

—Señor conde, dijo con voz baja y débil, pues se sentia desfallecer de terror, de angustia y de debilidad; he hecho mal en venir... muy mal... ahora lo conozco... pero yo... nada sé del mundo..... temo amar á V..... y le ruego que se aleje de aquí!

—¡Dios mio! ¡será verdad lo que oigo! esclamó Francisco tomando con pasion las manos de Carolina.

Pero esta las desprendió de las del conde, y uniéndolas en actitud suplicante, respondió:

—¡Sí! es demasiado cierto que yo empiezo á amar á V., señor conde..... su imágen no se aparta de mi pensamiento, ni puedo huir de ella á pesar de mis esfuerzos... vengo, pues, á suplicar á V. que sea solo el amigo que me promete, y que me dé la primera prueba de su amistad, huyendo de mi...!

—¡Imposible! respondió con ímpetu Francisco: huir yo de tí, Carolina, cuando sé que piensas en mí, que por mí padeces... cuando veo lágrimas en tus ojos, y sé que son por mí... yo que no huiria aunque supiera que me odiabas, quie-

res que huya, sabiendo que me amas? ¡no! ¡viviré aquí, á tu vista, cerca de tí, hasta que consientas en seguirme!

—¡Oh, Dios mio! murmuró Carolina que, pasado su terror, escuchaba con una especie de fascinacion la voz apasionada de Francisco; ¿olvida V. que yo soy casada? ¿que pertenezco á mi esposo?

—¿Y qué me importa ese lazo odioso que los hombres han formado? esclamó Francisco: ¿qué significa el matrimonio cuando las almas no se comprenden, cuando el corazon de uno de los dos se lanza á otro objeto? ¡el esposo se convierte entonces en tirano, y la esposa en víctima!

Hablando así el conde, habia tomado bajo el suyo el brazo de la jóven; la habia separado de la puertecilla del jardin, y se la llevaba por la gran calle de álamos y alisos, queriendo evitar asi que los distinguiesen desde las ventanas del palacio.

Carolina no opuso la menor resistencia: su malestar físico, su debilidad, su angustia, todo habia desaparecido: apoyada en el brazo de aquel hombre, hubiera ido hasta el fin de la tierra.

Y sin embargo, aun no era su corazon cul-

pable: ¡pobre alma que no comprendia ninguna de las miserias de la sociedad, que creia á todos los hombres nobles, fuertes y verídicos como su marido! ¡no era estraño que se dejase alucinar por la espresion de aquel amor, que parecia tan vehemente y tan tierno!

Siguió los pasos del conde hasta el final de la calle, y allí este se detuvo: iba á protestar de nuevo su pasion á Carolina, cuando de improviso se oyó muy cerca y detrás de unos árboles vecinos, una voz fresca, suave y encantadora, que cantaba un aire de Mozart.

Al escucharla, el conde dió un paso atrás: soltó con precipitacion, casi con grosería, el brazo que poco antes habia tomado bajo el suyo con tanta pasion y delicadeza, y desapareció rápidamente en la direccion que se habia oido el canto.

Carolina quedó yerta é inmóvil; el canto habia sido emitido por una voz de mujer: ella conocia aquel eco: era la voz de Lucrecia, de aquella Lucrecia tan hermosa, y que la miraba con tan supremo desden.

Una nube pasó por los ojos de la desgraciada, y al mismo tiempo su memoria fué iluminada

por un rayo de luz: recordó algunas miradas, algunas palabras de Francisco, y se dijo con una verdad, con una fuerza de persuasion aterradora:

—¡Mentia! ¡me engañaba! .. ¡á quien ama es á esa mujer...!

Tendió entonces una tristísima mirada en torno suyo: le pareció que estaba sola en toda la tierra: su cabeza se desvanecia é iba á caer presa de un desmayo mortal, cuando sintió que unos brazos la sostenian.

Volvióse con pena y vió á Aurelia, la dama rubia, recien llegada á la aldea, y que, segun afirmaban todos, hacia tan solitaria vida.

La bella desconocida apoyó en su seno la pálida y dolorida cabeza de Carolina, que derramó un torrente de lágrimas.

—Llora, hija mia, dijo Aurelia: las lágrimas, que no se derraman, caen sobre el corazon y le queman; llora, pero ven conmigo.

Y esto diciendo, llevó á la jóven bajo el gran tilo, que ya empezaba á recibir en su copa los primeros rayos de la blanca luz de la mañana.

—Siéntate aquí y escucha, prosiguió; el desengaño será cruel, pero provechoso, pues te curará para siempre.

Carolina guardó silencio: aun se oia el canto de Lucrecia, fresco, sonoro, brillante; aquel canto que desgarraba á un tiempo el corazon y los oidos de la esposa de Bernardo.

De súbito cesò; y en el mismo instante el estallido de un beso llegó á estremecer á Carolina, que palideció y se puso roja sucesivamente.

—Es prueba de que me has ofendido, cuando me besas la mano, dijo la voz sonora y vibrante de Lucrecia, entre risueña y quejosa.

—¿Ofenderte yo? respondió el conde volviendo á dar otro beso en la mano de su prima; si lo he hecho, habrá sido sin duda sin quererlo y sin pensarlo.

—¿Luego, aunque sin pensarlo, me has ofendido? Sepamos en qué. ¿Tenias cita aquí con esa tontuela aldeana?

—¿Yo? no por cierto; acabo de verla, pero por casualidad, ó mas bien, porque ella me persigue.

—¡Ah! ¡ella te persigue á tí! esclamó Lucrecia con una carcajada: esto es lo que todos decís, primo mio: pero yo creo, á pesar de las pretensiones de esa señora, que eres tú quien la persigue á ella!

—Pues estás equivocada, repuso Francisco con acento ofendido: para serte infiel, lo seria con una persona de mas valer: creí que me suponias de mejor gusto, prima mia.

—¡Oh! ¡es que es lindísima!

—No hay tal: es grosera, vulgar: no hay espresion en sus miradas: y sobre todo, es la esposa de Bernardo Perez, lo cual basta y sobra para quitar ilusiones á la persona mas despreocupada.

—Vamos, fuerza será creerte: pero sé que eres ligero y vanidoso, además de impresionable y para darte mi perdon, he de imponerte antes una penitencia.

—¿Una penitencia?

—Sí: dividida en dos partes.

—¿Y estarás contenta entonces?

—Sí.!

—¿Y accederás á que nos casemos en el mes que viene?

—Sí.

—Espero, pues, esa penitencia, que ya me supongo ha de ser muy cruel.

—Héla aquí; en primer lugar harás el amor á la záfia de Hortensia, la primera vez que la veas

en presencia de su hermana, la ridícula y presumida Carolina.

—¿Con qué objeto?

—Con el de vengarme de sus coqueterias para contigo; ¿no dices que te persigue? pues ó haces lo que te digo, ó no te creo.

—¡Está bien! respondió el conde dando un suspiro.

—¡Hola! ¿lo sientes?

—No: me resigno; ¿qué mas?

—Que en seguida nos vayamos de aquí.

—¿Cómo enseguida? preguntó Francisco, á quien realmente dolia dejar la conquista de Carolina.

—Es decir, mañana ó pasado: así que hagas ver á esa sentimental señora que lo que querias era divertirte con ella.

—¿Con que quieres que así que haga el tonto un poco con su hermana, emprendamos la marcha?

—Justamente.

—Pero ¿y tu madre?

—Mi madre hará lo que tú quieras: además, ¿no eres aquí el señor soberano?

—Nadie es aquí soberano mas que tú, respon-

dió el conde con galante ternura; y un nuevo beso resonó en las espesuras del jardin.

Luego se oyeron unos pasos que se alejaban y el rumor de una dulce conversacion que se perdia entre el susurro de las flores, que mecia la brisa de la mañana.

CAPITULO DUODECIMO.

A la sombra del tilo.

Carolina escuchó este diálogo, pálida, inmóvil y como privada de sentido y de voz: de cuando en cuando una convulsion recorria todo su cuerpo, y esto era únicamente lo que daba á conocer que sentia y escuchaba.

Luego, y cuando aquellos ecos de maldicion se fueron alejando de ella, quiso levantarse y huir: pero una mano suave la detuvo y otro acento dulce y consolador resonó en su oido.

Era la dama rubia, que le empezó á hablar de esta manera:

—Niña desgraciada, oye una historia que te

hará conocer que hay desventuras mayores que la tuya: es la historia de mi vida: óyela, que mis palabras caerán, como un rocío bienhechor, sobre tu corazon herido.

Carolina volvió á sentarse, y cruzó sus blancas manos con ademan de doloroso abatimiento; la dama rubia apoyó en su seno la pálida cabeza de la jóven y empezó así:

—Yo fuí casada; pero antes de unirme para siempre al hombre que fué mi esposo, amaba á otro: á otro jóven, hermoso, brillante, que decia de contínuo á mi oido dulces palabras de amor: yo le amaba, como se ama una sola vez en la vida: con un cariño ardiente, esclusivo, lleno de ilusiones: vivia por él, y por él me parecia hermosa la existencia.

Aquel hombre halló otra mujer mas rica que yo, y se casó con ella; yo, cediendo á los ruegos de mi padre, pobre anciano casi arruinado por las injusticias de la fortuna, tomé un esposo: se parecia al tuyo: era grave, austero, honrado, laborioso: pero no brillante, lisongero y superficial: fuí madre por tres veces: pero ni mi esposo, ni mis hijos pudieron separar de mi alma el recuerdo de mi primer amor: durmiendo, veia

aquella imágen ante mis ojos: despierta, la veia con los ojos del alma: mi marido palidecia ante aquellos recuerdos luminosos y homicidas; su amor, su honradez, todo me era enojoso, cuando le comparaba con aquel hombre poético y apasionado, que habia hecho vibrar en mis oidos las primeras notas de esa música misteriosa que se llama amor.

Otros muchos hombres me ofrecieron su corazon: pero yo á ninguno queria escuchar, porque vivia de mis recuerdos.

Supe un dia donde estaba aquel hombre á quien yo amaba tanto, á pesar de su ingratitud, y un deseo insensato de volar à su lado se apoderó de mí: durante mucho tiempo, la inocente presencia de mis hijos hizo huir aquellos pensamientos culpables; pero murieron aquellos y yo quedé desamparada y entregada á mí misma.

Una voz pérfida gritaba en mi corazon;—Ya eres libre: la mujer debe martirizar su corazon cuando tiene hijos que pueden pedirle cuenta de su honor: si no, es libre.

Era una noche helada de invierno: yo estaba en París: el Carnaval venia á estrellar sus gritos en las pobres ventanas de mi casa; y aquella

alegría, aquel goce universal hacian mas horrible la lucha de mi deber y de mi corazon: tres años llevaba de padecer, y me parecian que aquellas eran las horas mas amargas de mi vida.

Mi marido habia salido de casa: su silencio, su tristeza, eran otras tantas mudas recriminaciones que no podia soportar: salí yo tambien, compré un tósigo y volví al instante: todavía no habia vuelto él..... echó el arsénico en un vaso de agua, y me senté á escribir algunas líneas al hombre que habia unido su suerte á la mia, y que me amaba mas que nadie en el mundo.

Debo decirte, hija mia, que en tanto escribí, mi mano no tembló ni por un instante, ni en mi corazon sentí el mas leve remordimiento: era que nadie me habia hablado jamás ni de Dios ni del cielo: era que me habia criado sin madre, y que mi padre, perteneciente á una secta alemana, mas filosófica que verdaderamente religiosa, no habia pensado jamás en hacerme comprender las verdades eternas, que él tampoco comprendia ni admiraba.

Luego me he convencido, hija mia, de que la religion es la luz divina y consoladora que ilumina siempre las tinieblas del dolor, y nos mues-

tra un mas allá detrás de las penas de la vida, despues he creido y he esperado en Dios; pero yo no he tenido como tú, hija mia, una madre tierna y cristiana que me mostrase el cielo y hace diez y siete años que perdí á un esposo honrado á quien veia orar, á quien veia pedir á Dios por mi dicha y por la suya propia: solo la desgracia ha puesto ante mis ojos las santas verdades y la buena senda; pero ¡cuánto, cuánto he sufrido hasta encontrarla! ¡cuan duro, cuan amargo, es ir con los ojos del alma vendados por las ásperas sendas de la vida! ¡Ah, Carolina! tú debes rendir mil gracias á ese Dios todo misericordia y bondad, que te ha dado por guia y por apoyo un buen esposo, único mentor de la mujer cristiana!

Detúvose aquí la bella incógnita: sus ojos humedecidos de lágrimas pintaban un hondo dolor: uno de esos dolores silenciosos, arrancados del alma y que se exhalan, fundidos en llanto, cuando la mano invisible de los recuerdos los agita y remueve en el sitio en que se han ocultado durante mucho tiempo.

Carolina la escuchaba y la calma iba volviendo á su corazon, reanimado con el calor y la

verdad de la palabra, que lenta y dulce se escapaba de los lábios de aquella mujer.

Esta continuó de esta manera:

—En la carta que escribí á mi marido, le decia que estaba cerca de la deshonra: que á pesar de todos mis esfuerzos, de todos los argumentos de mi razon, no habia podido amarle: y que para no faltarle, y faltarme á mí misma, habia resuelto poner fin á mi triste vida.

Solo la absoluta carencia de fé religiosa podia hacer comprender aquella carta cruel: despues de escrita, bebí el tósigo, y me acosté para morir.

Sin embargo, Dios conservó mi vida, acaso para que, viviendo, pudiera abrir mis ojos á la luz: ya era de dia cuando recobré los sentidos y me hallé en una casa mísera y triste: era la de una pobre jóven, vecina mia, y bordadora de profesion: á mi lado habia un médico que, así que abrí los ojos, me hizo beber el contenido de un vaso, diciéndome palabras dulces y llenas de esperanza: yo obedecí maquinalmente: mis sienes latian, mi cabeza estaba desvanecida, y habia perdido el recuerdo de lo pasado.

Por espacio de muchos dias, permanecí en

un estado completo de idiotismo: casi pasaron dos meses hasta el dia en que volvió á despuntar en mi cerebro la luz de la razon: entonces supe que aquella caritativa muchacha, tan pobre que vivia del trabajo, habia reclamado como un favor que le permitieran cuidarme, y que solo con el producto de su labor y algunos ahorrillos que tenia, habia atendido á todos los gastos que yo habia ocasionado.

—¿Quién ha podido inducirte á tan sublime obra de misericordia, mi querida Evelina? le pregunté yo un dia estrechando sus manos y llorando sobre ellas.

—Dios, me respondió sencillamente: Dios, que nos manda consolar y ayudar á nuestros hermanos.

—¡Pero tú eres muy pobre!

—Es verdad, señora; pero V. lo era mucho mas que yo: esto no importa, sin embargo: porque Dios no deja nunca perecer á los que le aman.

Aquellas sencillas frases me dejaron muy pensativa. ¡Dios! ¡palabra grande, dulce, consoladora, que encierra tanto bien! ¡mi corazon se abria para recibir el rocio bendito de la primera

palabra religiosa que sonaba en mi oido, como se abre la árida tierra para recibir la lluvia bienhechora que le envia el cielo!

Poco, muy poco tardó mi pensamiento en volverse hácia mi marido, y pregunté por él á mi angelical huéspeda.

—¡Ay, señora! me respondió: ha salido de Paris.

—¿Y á dónde ha ido, Dios mio? ¡yo quiero verle! ¡quiero pedirle perdon de mi ingratitud!

—¡Es imposible, señora: nadie sabe á dónde está! Dios querrá castigar á V., durante algun tiempo, por el delito de haberse querido dar la muerte.

—¡El delito! ¿es acaso delito querer morir siendo tan infeliz como yo lo era?

—¿Pues quién lo duda, señora? Dios nos dá la vida, y Dios solo tiene el derecho de volver á tomarla.

—¡Pero yo era tan desdichada!

—Hay muchos infelices, señora; pero nadie tiene el derecho de matarse. Dios ha dicho: *los que lloran serán consolados.*

—¿Dónde?

—Allá en el cielo: si no fuera por la espe-

ranza del cielo, ¿qué seria de los que sufrimos acá abajo?

—¿Tú has sufrido?

—Mucho, señora: tenia un novio á quien queria con toda mi alma, y se murió... yo estuve tambien para morir de pena; pero Dios no quiso, y espero verle allá arriba.

Las palabras de aquella muchacha me hicieron pensar en el dolor que yo habia causado á mi marido: porque sola en el mundo como me hallaba entonces, aislada y sin familia, ansiaba una afeccion que me uniese á la vida, y me parecia que empezaba á amar, con toda mi alma, al que Dios me habia dado por compañero.

No bien pude salir, corrí todo Paris en su busca: pregunté, indagué, todo fué en vano: lo mas que pude saber, era que habia dejado la capital de Francia: pero nadie sabia donde habia ido.

Ansiando, por una parte, encontrarle y por otra huir de la vista de los hombres que, validos de nuestra pobreza y desgracia, nos habian perseguido, quise yo tambien salir de Francia: mi marido era español y pensé que habia vuelto á su patria. Evelina, al saber mi resolucion, quiso

seguirme; pero ¿cómo vivir? yo era muy pobre y ella tambien: el generoso médico, que me habia asistido, me facilitó la cantidad necesaria para llegar á Madrid, y, ya allí, me anuncié como maestra de música: hallé con qué vivir y con qué pagar á mi compañera sus desvelos y cuidados; pero en vano busqué á mi esposo: todo lo que pude alcanzar fué que me dijesen que la persona, cuyas señas daba, habia salido para América.

Ya no titubeé un instante: lejos de mi marido, y pudiéndole comparar con los demás hombres que sin cesar me asediaban, comprendia cuánto debiera haber valido Luciano para mí. Luciano, artista de elevado talento, de alma noble y maneras distinguidas. Luciano, que tanto me amaba y á quien yo no habia sabido amar, en tanto que habia sido honrada con el nombre de compañera suya.

¡Oh, Carolina! ¡cuánto se sufre con el recuerdo del bien perdido por la propia culpa! ese es uno de los males que no tienen consuelo en la tierra.

Llegué á América, y la recorrí con incansable afan, pero tambien inútilmente: ninguna noticia pude hallar de mi esposo.

¿Qué mas podré decir? he recorrido en vano la Inglaterra, la Alemania, y la España dos veces: en ninguna parte he podido encontrar á Luciano: he llegado á persuadirme de que ha muerto, y quebrantada mi salud, devorada por la pena, he venido á habitar esta aldea, que está muy cerca de Madrid: hay dias en que aun conservo una vaga esperanza de hallar á Luciano: á Luciano, á quien tanto ofendí, y que tanto me queria! en uno de esos dias, fué cuando pensé fijarme aquí, porque, cerca de Madrid, quizá podré tener noticia suya si es que existe!

La narracion de aquella mujer fué interrumpida por el rumor de algunos pasos: el sol se filtraba por entre los árboles, y bien pronto dibujó dos largas sombras en las enarenadas calles del jardin.

A poco las sombras dieron lugar á dos figuras: dos hombres desembocaron á un tiempo en la calle de alisos.

Al rumor de sus pisadas, la dama que se habia nombrado Aurelia levantó la cabeza: palideció y luego se puso de pié de un salto, y gritó con voz ahogada por la emocion:

—¡Luciano!

Los dos hombres volvieron la cabeza: estremeciéronse á su vez, y los dos esclamaron:

—¡Wilna!

Pero de los dos uno solo corrió hácia aquella mujer: era el pintor, que viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo entre sus brazos.

El otro se dejó caer de rodillas, y murmuró con voz baja y confundida:

—¡Perdon!

—¡Soy tan dichoso hoy, que no puedo persistir en la idea de matar á V., marqués! respondió Luciano: Wilna vive... y yo bendigo la mano de Dios, que me la devuelve, y conserva la mia limpia de toda culpa!

Chatereau se inclinó estrechando la mano de Luciano, y tomó silenciosamente una de las calles que conducian al palacio.

Carolina tomó tambien en silencio el camino del cercado y volvió á la casa conyugal.

Iba pálida, y se hallaba tan débil, que apenas podia dar un paso; pero iba curada de la fiebre que, durante algunas horas, habia devorado su corazon.

Los dos esposos quedaron abrazados bajo la sombra protectora del gran tilo.

¿Qué se dirian?

No pretendamos descifrar esos enigmas del corazon, que solo es dado penetrar á la mirada augusta de Dios: dos horas despues, aun permanecian sentados bajo el árbol, con las manos enlazadas y los ojos brillantes de felicidad.

CAPITULO DÉCIMOTERCERO.

El despertar.

Carolina llegó á su casa y entró en el cuarto de su marido.

Aun dormia Bernardo: la jóven esperó pacientemente á que se despertara contemplando su noble fisonomía.

Aquellos grandes ojos cerrados, aquella elevada y espaciosa frente, respiraban una paz profunda, si bien llevaban el sello de un terrible padecimiento moral.

Carolina le contemplaba con una especie de conmiseracion profunda y de tierna gratitud: se

sentia dichosa al pensar en que tenia el poder de hacer feliz á su marido, y el deber de conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció allí Carolina, repasó en su memoria todos los beneficios, todas las pruebas de amor que debia á Bernardo y á las cuales habia siempre correspondido con la ingratitud y la indiferencia.

Comparó su amor, tan noble, tan generoso, tan fuerte, tan sufrido, por decirlo así, con las osadas galanterías del conde: y al acordarse de su cita en el jardin, á la que habia ella acudido pálida, temblorosa y llena de remordimientos, y en la que él la habia abandonado por acudir á la voz de su prima, el rubor subia á la frente de la jóven, y se preguntaba si no era mucho mas digno para ella ser la esposa del honrado Bernardo que la dama del altivo y orgulloso conde de Montilla.

Ocupada estaba en estas reflexiones, cuando abrió los ojos Bernardo: casi al mismo tiempo se abrieron tambien sus lábios, dejando escapar el nombre de Carolina; y aun entre las nieblas de su sueño quiso arrojarse de su lecho para correr junto al de su esposa.

Una mano suave le detuvo: volvióse y vió á su querida enferma al lado suyo.

—¡Tú aquí! esclamó, despues de pasar la mano por sus ojos, para convencerse de que no soñaba.

—Sí, yo soy, respondió Carolina: me hallaba mejor, y he querido que me encontraras junto á tí al despertar: desde hoy, Bernardo mio, viviremos mas unidos, porque la casada jóven que se aparta por su voluntad de la intimidad con su marido; la que deja la dulce confianza del matrimonio, por un romántico apartamiento, es como la débil caña, que crece á orillas del lago, sola y sin apoyo: los vientos la agitan en todas direcciones; se doblega á sus caprichos y acaba por ser destrozada por su furia.

Mientras que así hablaba Carolina, brillaban sus ojos co o dos estrellas, y sus mejillas se hallaban cubiertas de un vivo sonrosado; pero ya no era el de la fiebre, sino el producido por el entusiasmo generoso de la virtud: cuando tenemos la conciencia de nuestro deber, todos los males del cuerpo se purifican en el crisol del sacrificio y de la propia dignidad.

Bernardo escuchó por algunos instantes, co-

mo arrobado, á su mujer; pero luego una densa sombra vistió su noble frente: contrajéronse sus cejas, y preguntó:

—¡Qué! ¿te habrá insultado con una declaracion atrevida alguno de esos señores? ¿acaso ese jóven, que se adelantó contigo esta mañana?...

—No, respondió Carolina alzando los ojos al cielo como para pedirle perdon de aquella prudente mentira: nadie se ha atrevido á tu esposa, Bernardo: ¿no crees valer bastante para que ella te ame, para que salgas victorioso de las comparaciones que estos dias haya podido hacer su vanidad?

—Carolina, repuso el jóven gravemente: yo sé que no puedo competir en galantería ni en elegancia con todos esos jóvenes y hermosos señores que sin duda admiran tus gracias: mi educacion ha sido honrada, cristiana y laboriosa, pero ruda: nada sé, mas que amarte y trabajar: ellos saben decir palabras dulces, que yo no he oido jamás; pero créeme: el amante mas rendido y mas consecuente no vale tanto como un marido honrado: es un lazo que Dios forma, y que Dios conserva: es la proteccion legítima, santa, que la Iglesia ordena y santifica: en tanto que el

amor que esos señores ofrecen es el oprobio, la vergüenza, y degenera en el desprecio para la que lo inspiró.

Carolina bajó los ojos confundida; pero la puerta que se abrió le evitó responder; volvió la cabeza, y vió en el umbral la venerable figura de la madre de su esposo.

La señora Damiana no se atrevia á entrar: era tanto lo que la sobrecogia la superioridad de Carolina, y su desdeñoso gesto: era tanto lo que respetaba el amor ciego, esclusivo, que su hijo le profesaba, que hubiera dado un mes de vida por no haber llegado á interrumpirlos.

Empero, en aquella ocasion, fué Carolina quien se adelantó hacia ella.

—He venido, hija mia, á decirte, balbuceó la anciana, que tienes aquí una carta, así, de convite, para ir hoy á comer con los señores del palacio.

—Gracias, madre mia, gracias, respondió la jóven tomando la esquela: iremos allá Bernardo y yo.

—¡Cómo! esclamó este atónito; ¡si á mí no me convidan!...

—En ese caso, no iremos ninguno de los dos:

á donde no se cuenta con mi esposo, no debo yo asistir

Y echando los brazos al cuello de la buena anciana que la miraba atónita, añadió:

—Desde hoy, madre mia, viviremos en familia: te ayudaré, y tambien á la tia Bautista, á todas las haciendas de la casa: solo saldré con Bernardo y procuraré merecer que me perdoneis todo lo que os he hecho sufrir.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que oigo? esclamó la anciana, cuyas mejillas se bañaron súbitamente de lágrimas: ¿será verdad lo que dices, hija mia? ¿me llamarás siempre tu madre? ¿nos amarás un poco á tu padre y á mí? ¿estarás contenta siempre con Bernardo?

—Siempre, siempre: ¿no es él el mejor de los hombres?

—¿Comerás con nosotros?

—Todos los dias.

—¿Pasarás la velada con nosotros?

—Sin falta ninguna.

—¡Ah! Casiano! Casiano! esclamó la señora Damiana corriendo hácia la puerta: ¡ven, ven, mira lo que dice Carolina, nuestra hija, nuestra Carolina!

—¿Qué ocurre, mujer? preguntó el padre de Bernardo apareciendo en la puerta.

—¡Que Carolina nos quiere ya, que comerá á nuestra mesa, que vivirá á nuestro lado!

—Dios se lo premiará en el cielo, porque nos hará muy felices, dijo el anciano con grave y dulce acento.

—¡Ah, padre mio! esclamó la jóven abrazándole á su vez: tú que eres tan bueno, ruega al cielo que no me castigue por haber sido durante tanto tiempo bastante ingrata para desconocer á vosotros tres, que me quereis tanto!

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

Felicidad.

La comida preparada en el palacio para que diera principio á las cuatro de la tarde, y como de despedida, era magnífica; el conde de Montilla, en cumplimiento de los deseos de su prima Lucrecia, habia persuadido á su tia, y á todos los convidados, de que debian salir para Madrid al dia siguiente.

Lucrecia, con su aire de reina, con su magnífica belleza, con su alta cuna, y sobre todo con su opulenta dote, ejercia en el ánimo de su primo una influencia irresistible: los devaneos de

Francisco eran solo ilusiones de sus sentidos: su corazon y su cabeza se hallaban acordes para no desperdiciar tan rico enlace, y en el que tan halagada se veia su vanidad.

En aquella comida habia además otro oculto fin: el de satisfacer el celoso despecho de Lucrecia y su venganza sobre Carolina: por lo tanto, se habia invitado á aquella comida á los esposos Villena y á sus hijos; pero solo Hortensia debia asistir con sus padres, pues los dos muchachos eran hasta tal punto montaraces, que no se podia contar con ellos.

Pero, con gran sorpresa de los dos primos y prometidos esposos, y á eso de la una de la tarde, se recibió un billete de Carolina, escusándose de asistir al convite, y casi al mismo tiempo llegó otro del pintor Vargas, en el cual decia que un acontecimiento inesperado, y para él muy dichoso, le obligaba á salir aquel mismo dia del palacio, aunque llevaba la grata esperanza de verles en Madrid, dentro de muy breve tiempo.

Estos dos billetes alteraron un poco el buen humor del conde y de su prima: sobre todo Lucrecia se hallaba inconsolable, porque sin saber

cómo ni porqué, se le escapaba su venganza, aquella venganza que tanto habia deseado.

Dejémosla consolarse con los preparativos de marcha á los cuales debian seguir los de su próximo enlace, y bajemos al jardin, en el cual y esperando la hora de comer, se estaba Villena divirtiendo, con sus groserias de cuartel, á algunos de los huéspedes.

Bajo el gran tilo, y á la fresca sombra que su anchurosa copa proyectaba, se hallaban sentadas cuatro personas. Vargas, su esposa, Carolina y su marido, que aquel dia, accediendo á los ruegos de su mujer, no habia ido al trabajo.

—A Dios gracias, mi querida niña, ya eres dichosa, dijo Wilna tomando la mano de la jóven: yo tambien lo soy, pues he hallado á mi Luciano, á este Luciano á quien con tanto afan he buscado por espacio de diez y siete años, y el cual á su vez me ha buscado tambien por todas partes.

—¡Es posible! esclamó Carolina.

—¡Sí, hija mia! Dios queria castigarme, haciándome pasar tan largo espacio de soledad y abandono, para que comprendiese cuánto habia perdido por mi culpa: los mismos paises hemos

recorrido; las mismas pesquisas hemos practicado, y sin embargo, hasta hoy, no hemos podido hallarnos.

La voz bronca de Villena interrumpió el dulce acento de la alemana, apostrofando duramente á su mujer.

Berta pasaba silenciosa y triste, segun su costumbre, por el sitio en que se hallaba Villena haciendo reir á sus oyentes.

—¿Qué haces aquí? gritó aquel con aspereza; ¿no *te mandé* que fueras á ver por qué no queria venir Carolina?

—Amigo mio, perdona, repuso Berta con dulzura: está enferma.

—¡Enferma, enferma! tendrá las enfermedades tuyas! ¡está bueno que se haya atrevido á negarse, cuando estos señores le han hecho el favor de invitarla!

Sin duda alguna que Berta no respondió, porque su marido siguió hablando con sus compañeros de paseo, y se le oyó decir con tono brusco é irritado:

—¡Yo debiera haberme ahorcado antes de casarme con esta mujer!

—Es V. muy descontentadizo, caballero; dijo

uno: la señora me parece muy distinguida, y habrá sido muy bella.

—¡Distinguida! repitió con amargura el exteniente; ¿y para qué me sirve á mi la distincion? ¡Uf! ¡lo que me sucede es que se me indigesta!

Desde las primeras palabras que habia articulado Villena, la esposa de Luciano se habia estremecido: levantóse ansiosa y miró á través del ramaje de los árboles durante algunos instantes.

Luego se volvió y tomó á Carolina de la mano; una sonrisa tristísima entreabria sus lábios: hizo acercar à la jóven al sitio por donde ella habia estado mirando, y le dijo:

—¡Mira! ¡ese es el hombre de quien te hablé y por quien yo fuí ingrata y cruel con Luciano!

—¡Cielos! ¡qué veo! esclamó Carolina ¡mi padre!

—¡Sí! ¡tu padre! ¡tu padre era el hombre con quien yo soñé tanto tiempo! ¡el hombre por quien olvidé á mi marido, á mis hijos, al mundo entero! ¡tu padre es el hombre con quien yo me hubiera casado, á no ser porque la mano de Dios

me apartó del precipicio! pero es tu padre, y no soy yo quien debe repetirte los odiosos defectos de un hombre á quien debes respetar: solo debo aconsejarte que digas cada noche mirando á tu marido:

—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito mil veces por la dicha que me ha dado!

Carolina contempló á Bernardo; unió sus manos y elevó los ojos al cielo, murmurando una oracion.

—Adios, Carolina, prosiguió Wilna besando á la jóven en la frente: vuelvo á la humilde casita que alquilé en este pueblo; pero vuelvo á ella con mi marido; con el único apoyo que Dios concede y permite á la mujer honrada: ven tú á verme á ella en tanto que llega el dia que debo volverme á Madrid con Luciano: yo te enseñaré que de toda la gloria, de todos los renombres que puede conseguir la mujer, es el mas bello y verdadero el que le alcanzan las modestas virtudes que derraman en el hogar doméstico el santo perfume de la paz, de la alegria y de la felicidad: no olvides, que á la sombra de ese tilo, recibiste una dura y provechosa leccion: y cuando tu hermosura, tu talento, tus gracias, en fin,

te conquisten esos pérfidos homenajes que solo sirven para alterar la paz del alma y para despertar en ella culpables ambiciones, vente aqui bajo esta sombra protectora, recuerda el desengaño sufrido y adquirirás fortaleza para combatir, oyendo la augusta voz de tu razon, la voz desapacible de tu padre y los tristes suspiros de tu madre, que, para desgracia suya, me fué preferida.

Wilna, así que hubo pronunciado estas palabras, tomó el brazo de su esposo y salió del jardin al cámpo, perdiéndose ambos bien pronto á lo largo del cercado que llevaba á las calles de la aldea.

—¿Quiéres escusarte con esa anciana señora que te ha convidado? preguntó Bernardo á su esposa; no me parece justo; vé, que yo te esperaré aquí.

—No, respondió Carolina; nada tengo que ver con esas gentes: vamos á casa, á nuestra casa, Bernardo: cenaremos en familia, y luego yo bordaré y tu leerás la vida del santo en voz alta, en tanto que nuestro padre fuma su tabaco negro y nuestra madre trabaja en su calceta: yo necesito reposo y felicidad para nuestro hijo.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que estoy escuchando? esclamó Bernardo abriendo los brazos á su mujer; ¿será posible...?

—Soy madre, respondió Carolina: hoy he adquirido la certidumbre de esta felicidad: vamos á nuestra casa á ser dichosos, y á prepararnos para educar en la virtud al hijo que Dios nos envia!

FIN DE LA NOVELA.

INDICE

de las materias que contiene este tomo.

		Páginas.
Dedicatoria.		5
Prólogo.		7
Capítulo I.....	*Un filósofo por fuerza.*	41
II....	*Carolina.*.	55
III...	*Comentarios.*	71
IV...	*Donde el lector hallará á un antiguo conocido.*.	81
V....	*Escenas de la vida íntima.* . .	95
VI...	*La incógnita.*.	109
VII..	*La cacería.*.	127
VIII.	*Seduccion.*	141
IX.	*Veneno entre flores.*	151
X....	*El café.*	159
XI...	*La cita.*	173
XII..	*A la sombra de un tilo.*. . . .	187
XIII.	*El despertar.*.	201
XIV.	*Felicidad.*	209

FIN DEL INDICE.

BIBLIOTECA

MORAL Y RECREATIVA.

UN TOMO CADA MES.

OBRAS

DE

OCHO RS CADA TOMO.

MARIA DEL PILAR SINUÈS DE MARCO.

TOMOS PUBLICADOS.

El lazo de flores, novela.....	1	Tomo.
La rama de sándalo. Novela.....	1	Id.
El ángel del hogar.—Estudios morales acerca de la mujer.—Tercera edicion.	3	Id.
A la sombra de un tilo.—Novela....	1	Id.

TOMOS QUE SE REPARTIRÁN SUCESIVAMENTE Á LOS SEÑORES SUSCRITORES.

Dos venganzas.—Idem.....	2	Tomos.
El sol de invierno.—Novela basada en la comedia que, con el mismo título, se ha representado con estraordinario éxito.....	2	Id.
Margarita.—Novela.—(Tercera edicion.)	1	Id.
La virgen de las lilas.—Idem.....	1	Id.

OBRAS PUBLICADAS
DE LA SRA. SINUES DE MARCO

Y QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA ADMINISTRACION,

CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO SEGUNDO.-MADRID.

La ley de Dios. Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo; edicion ilustrada con diez láminas y el retrato de la autora. Esta obra ha sido aprobada de texto para las escuelas de instruccion primaria, por real órden de 26 de abril de 1860, y justipreciada en 28 reales cada ejemplar.

Premio y castigo. Novela original.—Segunda edicion.—6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Flores del alma Coleccion de poesías.—Edicion de lujo.—10 reales en Madrid y 12 en provincias.

Cantos de mi lira. Coleccion de leyendas en verso.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias.

Fausta Sorel. Novela original.—Dos tomos.—Edicion ilustrada con magníficas láminas.—56 reales en Madrid y 60 en provincias.

Un nido de palomas Novela original.—8 reales tanto en Madrid como en provincias.

A la luz de una lampara. Coleccion de cuentos morales.—6 reales tanto en Madrid como en provincias.

Los precios de estas obras en Ultramar y el Estranjero, los fijarán los corresponsales.

La persona que quiera adquirir cualquiera de estas obras, no tiene mas que dirigirse á la administracion acompañando el importe del pedido en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro y la [illegible] Franca de porte *á vuelta de correo.*